

## RESEÑAS

Manuel Alvar Ezquerro y Gloria Corpas Pastor (coords.): *Diccionarios, frases, palabras*, Málaga: Estudios y Ensayos, Universidad de Málaga, 1998, 187 págs.

Una vez más el grupo de investigación «Lexicología y Lexicografía» de la Universidad de Málaga nos ofrece una publicación que abarca el estudio del léxico desde una perspectiva amplia: teórica, descriptiva e histórica.

Esperanza Orlate Stampa es la responsable de la edición lexicográfica del anónimo *Tesoro de la Lengua castellana abreviado*, manuscrito del S. XVII que se conserva en la Biblioteca Nacional. Esta obra reduce la nomenclatura de su fuente, el *Tesoro de la Lengua Castellana o Española* (1611) de Covarrubias, a un 5%. Ofrece un total de 572 entradas de las cuales un 96% son palabras simples. En la segunda parte se recogen las voces agrupadas en familias léxicas: el 71% de las mismas se refiere a profesiones, artes y ciencias.

Antonia M<sup>a</sup> Medina Guerra analiza la *Ortografía* de Felipe Mey, pequeño tratado publicado en 1606 como anexo al *Thesaurus* de Bartolomé Bravo, que sustituyó a la ortografía de Manuncio, obra esta última considerada ya «antiquísima» por algún contemporáneo. Como la mayoría de las ortografías de su época, se basa en las reglas de pronunciación. La primera parte recoge reglas ortográficas latinas y un índice de vocablos de dicha lengua; la segunda es una ortografía de la lengua romance y un apartado acerca de las notas o señales de puntuación. Observa Medina Guerra que los ejemplos ofrecidos en la ortografía del español son latinos, por lo que sospecha que este apartado está concebido también desde el latín. Por otra parte resulta de interés el estudio que ofrece de las distintas ediciones, centrado en las de Valencia (1606) y Palma (1607), puesto que ofrecen variaciones peculiares.

Marta C. Ayala Castro estudia las nomenclaturas del siglo XIX, siglo en el que ya sólo se publican repertorios bilingües frente a los purilingües de épocas anteriores. Siguiendo un orden cronológico estudia las aportaciones al campo de la lexicografía de cada uno de ellos, así como los posibles plagios. Pedro Nicolás Chantreau y su suplemento del *Arte de hablar bien francés o gramática completa*, (1718), como demuestra detenidamente la autora, será la fuente de algunos de los elencos examinados, como el de Mauricio Bouynot o el de Fernando Tramarrá.

Juan Manuel García Platero analiza la labor filológica de Eduardo Benot, polifacético académico del siglo XIX que nos legó, entre otras muchas obras, su *Arte de hablar. Gramática filosófica de la lengua castellana* y el *Diccionario de ideas afines*. La primera es

una gramática original, publicada como obra póstuma en 1910, que defiende el concepto de determinación, procedimiento sintáctico según el cual lo individual adquiere nombre en las lenguas, «al igual que generalizamos las ideas, también se generalizan las palabras». El acto de hablar no se basa en el uso de las palabras aisladas sino en las agrupaciones de vocablos llamadas «masas elocutivas». La importancia que da al uso lingüístico no tiene continuidad, sin embargo, en su diccionario. Más que un diccionario ideológico es un diccionario de sinónimos dividido en dos partes: la primera contiene vocablos con diferentes acepciones de una misma idea, y la segunda un índice alfabético que señala el número de cada grupo de palabras que se refiere a una idea concreta. El artículo de García Platero saca a la luz el trabajo lexicográfico de este filólogo escasamente estudiado hasta el momento.

Fernando Pérez Lagos aborda un trabajo de lexicografía descriptiva en su artículo sobre los diccionarios escolares aparecidos en los últimos años: el *Esencial Santillana*, el *Diccionario Anaya* y el *Diccionario Intermedio*. Junto a estas obras la Academia ha publicado su *Diccionario Escolar de la Academia*, que no es más que una adaptación de su diccionario grande. A la vista de estas publicaciones Pérez Lagos concluye con una lista de cualidades aconsejables para este tipo de diccionarios: el leuario seleccionado en función de los programas educativos; la reducción de etimologías, marcaciones codificadas, remisiones internas y sinónimos; el uso abundante de ejemplos; la información prescriptiva y las ilustraciones relacionadas con las definiciones.

La investigación en torno al léxico del andaluz, una de las principales líneas de investigación de este grupo, la lleva a cabo Manuel Alvar Ezquerro, quien estudia el léxico del Molino de los Corchos, situado en la localidad malagueña de Alhaurín el Grande y puesto en marcha en 1485. La amalgama de formas utilizadas muestra el proceso histórico de renovación de las mismas. Algunas de las voces son generales, otras coinciden con zonas arcaizantes o de Andalucía oriental y otras son específicas de este molino, como *afinadero*, *alivio*, o *escala*. Varias denominaciones coinciden con palabras empleadas por herreros y aladrosos, lo que hace suponer que ellos eran los que fabricaban y nombraban las distintas piezas del molino.

M<sup>a</sup> Auxiliadora Castillo Carballo se enfrenta a la difícil delimitación entre compuestos sintagmáticos y locuciones. Para algunos autores la diferencia estriba en la regularidad de los procedimientos morfosintácticos y semánticos en la formación de los compuestos, frente a la irregularidad de los mismos en el caso de las locuciones. Sin embargo otros autores encuentran similitudes en la fijación morfosintáctica de ambos, y a pesar de que encuentran diferencias semánticas —la unidad referencial en los primeros y el refrán en los segundos—, consideran las locuciones como un tipo de compuestos. La autora del artículo llega a la conclusión de que la separación gráfica, tal como declara el *Esbozo*, es la única fórmula clara de escisión entre unos y otros.

Gloria Guerrero Corpas establece una tipología básica general para el estudio de la fraseología, materia en la que se consolida como maestra, basándose en el español y el inglés. Tras un breve repaso de las tipologías que han ido apareciendo en las distintas corrientes lingüísticas, propone una taxonomía general basada en la existencia de universales fraseológicos. Combina enunciados y fijaciones y distingue: colocaciones o unidades fraseológicas fijadas sólo en la norma (v+s; v+[prep]+s; s+s/adj; s+prep+s; v+adv; adj+adv); locuciones, fijadas en el sistema, clasificadas según un criterio gramatical (nominales, adjetivas, adverbiales, verbales, prepositivas, conjuntivas y clausales); por último los

enunciados fraseológicos, que constituyen enunciados y actos de habla por sí mismos, y se dividen en paremias (enunciados, citas y refranes) y fórmulas rutinarias (discursivas y psico-sociales). Con su trabajo la autora demuestra que se puede establecer una tipología común a dos lenguas genéticamente distantes, por lo que presupone que se podrá establecer una común a las lenguas romances y germánicas.

Con esta última obra el grupo «Lexicología y Lexicografía» de nuevo da muestras de su vigor y del avance en sus líneas de investigación. Su contribución al actual mundo de la fraseología, sin dejar de lado las notables aportaciones en la lexicografía tanto teórica como práctica de los siglos XVII al XIX, son resultado de una labor de equipo que esperamos siga dando sus frutos.

M<sup>a</sup> Auxiliadora Barrios Rodríguez

Manuel Alvar Ezquerro y Gloria Corpas Pastor (coords.): *Léxico y Voces del Español*, Málaga: Servicios de publicaciones de la Universidad de Málaga, 1999, 128 págs.

Nuestro léxico y nuestros diccionarios son los temas fundamentales sobre los que trabaja este grupo de investigadores de la Universidad de Málaga; con el título *Léxico y Voces del Español* publican su último volumen.

Abre la obra el artículo de A. M. Medina Guerra, en el que analiza la ortografía de Vicente Blas García que apareció al final de la edición de 1608 del *Thesaurus* de Bartolomé Bravo. La autora desmenuza estas páginas y las examina de acuerdo a las dos partes que la componen: las reglas ortográficas y la puntuación latina; a través de ellas expone los criterios lingüísticos de Blas García, quien oponiéndose a la tendencia habitual de la época, especialmente concentrada en las opiniones de Felipe Mey, critica y simplifica la ortografía latina, para así conseguir un claro y eficaz aprendizaje de esta lengua, que aún conservaba parte del esplendor del que gozó en tiempos pasados. Es pues un artículo bien estructurado, acertadamente expuesto y un sencillo acercamiento a una de las obras que justifican la presencia latina en nuestra lexicografía. La introducción de léxico científico-técnico en el diccionario es un problema que no sólo afecta a los repertorios actuales. Así Gloria Guerrero Ramos en su artículo «El léxico de especialidad en el *Tesoro* de Covarrubias» examina las 140 entradas de léxico especializado —mayoritariamente, el que alude a la medicina—, que recoge Covarrubias en su diccionario. Evidencia así las inquietudes que esta cuestión ha suscitado a lo largo de la historia de nuestros diccionarios: la Academia, Terreros o Covarrubias tuvieron que optar por incluir, con mayor o menor acierto, una serie de voces que, si bien eran específicas de ciertos lenguajes, pertenecían a la vez al caudal lingüístico del hablante medio.

El artículo de Manuel Alvar Ezquerro, si bien está dedicado a la lexicografía venezolana, comienza con una reflexión acerca del problema que supone la entrada de regionalismos, y en especial de los americanismos, en los diccionarios generales. Idea que ejemplifica con el caso de los venezolanismos, ya que no suele corresponderse la vitalidad de éstos con su aparición en el diccionario —sobre todo en el *DRAE*—. La segunda parte de este artículo está dedicada a la ampliación de la bibliografía sobre el léxico americano en general y el

venezolano en particular, partiendo de la obra de Edgar Colmenares; en ella se incluye un recorrido a través de la lexicografía americana hasta llegar a los últimos logros que ésta ha conseguido, y sin olvidar algunos de los proyectos, con un magnífico futuro predecible, que ya están en marcha. Concluye estas meditaciones, dedicadas a la gran labor de la lexicografía venezolana, con el ánimo puesto en la continuidad de estos trabajos, con la seguridad de que la recopilación de estos americanismos enriquecerá sobre manera nuestro conocimiento de la realidad americana.

La «Contribución al léxico agrícola malagueño: el vocabulario de las pasas», de Marta Concepción Ayala Castro y M<sup>a</sup> Antonia Medina Guerra, recoge el repertorio de voces, registradas en la zona de la Axarquía malagueña, sobre la elaboración y comercialización de las pasas; términos que, posteriormente, han sido analizados y definidos por las autoras. Tras un breve recorrido por la historia del cultivo de la pasa en esta región, una presentación de la producción de este fruto en las últimas décadas y la exposición de los criterios de clasificación de las pasas, Ayala Castro y Medina Guerra presentan el corpus de voces recogidas. Por último, comprueban cómo las voces recogidas no aparecen en los diccionarios generales, y si lo hacen es con una significación distinta. Nos encontramos ante las conclusiones de un trabajo de geografía lingüística innovador, dada la importancia de este cultivo en la zona, y la escasa tradición léxica que posee; además del aporte a la recuperación del léxico de una parcela concreta de nuestra agricultura.

Juan Manuel García Platero se centra en el análisis de «Los medios de comunicación ante la neología»; sus páginas receptoras de las opiniones de otros especialistas —Lázaro Carreter, Sánchez Blanco, Gil Fernández, F. Ayala, Romero Gualda, Gómez Torrego, Rodríguez-Izquierdo, Guilbert, Guiraud, Vilarnovo y Sánchez, De la Serna, Martín Vivaldi, Casado Velarde, Vera Balanza, Rojas, etcétera— hacen hincapié en el papel que juega el periódico en nuestra sociedad, los rasgos léxicos que caracterizan al lenguaje periodístico (coloquial, expresivo, literario, formal), las consecuencias lingüísticas que pueden desprenderse de su estudio,... y, finalmente, los procedimientos de creación léxica más relevantes; por último, el autor pone de manifiesto la inexistente respuesta de la Academia ante el neologismo. Es pues una rica recopilación de consideraciones del lenguaje periodístico, hechas en los últimos años, en la que se incorporan las líneas de investigación y pensamiento del propio autor, resultando una fusión perfecta, clara y sintética.

En «Patrones morfosintácticos en la creación neológica de unidades pluriverbales» M<sup>a</sup> Auxiliadora Castillo Carballo examina uno de los fenómenos más rentables en el lenguaje periodístico y literario: las unidades pluriverbales. Así, la autora revisa y evalúa los distintos planteamientos teóricos que sobre esta cuestión se llevan haciendo desde los años treinta, gracias a lingüistas como Vinogradov, Bally, Casares o Ettinger; y de la teoría pasa a la práctica, en donde se describe un abundante corpus (1635 registros) de colocaciones y locuciones del español actual. Como cierre de esta exposición, Castillo Carballo presenta sus conclusiones en *organizados esquemas*, en los que puede apreciarse tanto las estructuras morfosintácticas de estas unidades neológicas como la rentabilidad de su uso.

Con «Consideraciones en torno al procesamiento y traducción al español de la fórmula *hear, hear*», Gloria Corpas Pastor presenta las conclusiones de su investigación sobre la traducción al español de fórmulas fraseológicas. Tomando como punto de partida las teorías lingüísticas cognitivas, nos expone los pasos que suelen seguirse en la traducción de estas unidades: 1) la detección de la unidad en concreto, que no siempre es sencilla; 2) las posibles

interpretaciones en la otra lengua: literal o unitaria; 3) las posibles pérdidas de matices al interpretarlas; o 4) la solución por la que se ha optado en otros diccionarios; que ella ejemplifica con la estructura *hear, hear*. Ante la insatisfactoria respuesta de los diccionarios a esta fórmula, la autora propone una explicación cognitiva de acuerdo a su uso dentro de su marco de situación correspondiente, motivada por la dependencia situacional y contextual de fórmulas de este tipo; de tal manera que, considera que el traductor debe conocer estas cuestiones si quiere realizar una conveniente y ajustada traducción. G. Corpas Pastor ha elaborado un artículo léxico-pragmático en el que se conjugan perfectamente teoría y práctica, y cuyas consideraciones pueden ser muy útiles a los actuales métodos de traducción.

Cierra esta obra el artículo de Manuel Fernando Pérez Lagos «Diccionario y Pragmática», que se ocupa, como puede vislumbrarse por su título, del tratamiento del componente pragmático en los diccionarios. Tras una rápida introducción sobre el auge de esta disciplina en los últimos años, presenta el proceso de incorporación de informaciones presentes en una situación comunicativa en los diccionarios, ya que desde María Moliner se ha generalizado la inclusión en la definición lexicográfica de noticias que reflejen rasgos sociales y culturales de una lengua determinada. Por último, ejemplifica estas cuestiones a través de los artículos *bailar-danzar*, lo cual le permite señalar los diccionarios actuales que presentan una información más exhaustiva sobre el uso en nuestra lengua de cada vocablo. Estas páginas apuntan la necesidad e importancia de incluir la pragmática en la elaboración de diccionarios, para que así puedan proporcionarnos una visión más completa de nuestra realidad y del uso de nuestra lengua.

Estos artículos son el resultado de la investigación actual lexicográfica; desde la diacronía hasta la sincronía, desde el estudio tradicional hasta la incorporación de las técnicas más novedosas, nos presentan el extenso terreno que abarcan la lexicografía y la lexicología, sus relaciones con otras disciplinas y el espléndido futuro fácilmente augurable.

*M<sup>a</sup> Ángeles García Aranda*

Jiří Černý, (1996): *Historia de la lingüística*, Cáceres: Universidad de Extremadura, 1998, 532 págs.

El libro que es objeto de la presente reseña pretende ser, como su propio título indica, un manual destinado a presentar de forma ordenada la historia de la lingüística, desde sus orígenes hasta la actualidad. Su autor, Jiří Černý, cuenta con una larga experiencia docente e investigadora como profesor de español y de lingüística general; experiencia que se ha desarrollado primordialmente en la hoy independiente República Checa, integrada hasta hace pocos años dentro de la extinta Checoslovaquia. La versión original de este libro apareció en checo, y fue publicada por la editorial Votobia. La traducción española, elaborada por el propio autor, vio la luz en 1998.

En primer lugar, y al margen de cualquier otra consideración evaluativa, creo sinceramente que hay que recibir la publicación de la versión española de esta *Historia de la lingüística* con enorme satisfacción. Es cierto que el interesado por estas cuestiones dispone

de otros manuales que son ya clásicos en la materia, como los de Arens, Robins, Tusón, etc. Pero no puede dejar de constatar que el tiempo transcurrido desde su redacción (en ocasiones, más de cuarenta años) constituye un factor que no puede ser en absoluto soslayado. Dada la considerable aceleración histórica que se ha producido en las últimas décadas, tanto en todos los órdenes de la lingüística como en la investigación historiográfica, ha de reconocerse la conveniencia de que aparezcan con la debida regularidad manuales actualizados que permitan dar cuenta de los avances vividos en dicha ciencia.

El texto que ahora nos ocupa se divide en un total de veinte capítulos, precedidos por un prólogo a la edición española y una amplia introducción dedicada a diversas cuestiones teóricas y epistemológicas (desde la comunicación animal hasta la evolución de los sistemas de escritura o la periodización de la historia lingüística). El libro se cierra con un epílogo que lleva un título sumamente ilustrativo: «Crisis actual de la Lingüística». Aunque no deje de ser una mera anécdota, hay que comenzar señalando que nos hallamos ante una historia 'ilustrada', pues a lo largo de sus páginas se recogen un total de ciento veinte imágenes de distinto tipo. Algunas ilustraciones permiten ejemplificar visualmente ciertos detalles del texto. Otras (particularmente, fotografías de grandes lingüistas) carecen de utilidad directa, pero no por ello dejan de ser valiosas desde un punto de vista testimonial.

Señala el autor, en su prólogo a la edición española, que este manual difiere sustancialmente de otros libros análogos en al menos dos aspectos: por un lado, en que no se limita al estudio de las teorías y escuelas nacidas en el mundo occidental, sino que se presta también una atención considerable a la lingüística desarrollada en los países de Europa Central y del Este; por otro lado, en que se ha dedicado un esfuerzo notable a la exposición de las tendencias lingüísticas vigentes durante la segunda mitad del siglo veinte, mientras que la mayor parte de los manuales al uso (añado yo: por la fecha en que fueron redactados) rara vez avanzan más allá de los años sesenta. Ambas puntualizaciones son indiscutiblemente ciertas y justifican ya el que este libro de Jiří Černý deba ser tenido en consideración de ahora en adelante por parte de la crítica especializada, pues contribuye a ampliar nuestro conocimiento sobre la compleja realidad histórica de la lingüística, y enriquece el panorama historiográfico tradicionalmente contemplado en el marco académico hispánico. Máxime cuando nos movemos en un campo en el que, preciso es reconocerlo, la bibliografía existente en español sigue siendo muy escasa. Por todo ello, y antes de fijar la atención en los aspectos del libro que pueden ser susceptibles de crítica, creo que es de justicia ponderar debidamente lo que de original y positivo se puede encontrar en sus páginas.

Durante mucho tiempo, y aún hoy en buena medida, la historia de la lingüística desarrollada en los países del Este de Europa ha sido prácticamente desconocida en Occidente. Sólo algunas corrientes de primer orden, como la Escuela de Kazán y, sobre todo, el Círculo Lingüístico de Praga, han llegado a recibir cierto grado de atención fuera de sus fronteras. Pero, incluso en estos casos, la percepción historiográfica que ha imperado en las universidades occidentales no ha dejado de ser parcial y sesgada. Parcial, porque normalmente se ha basado sólo en una parte de las fuentes; sesgada, porque muy a menudo las aportaciones de tales escuelas han sido analizadas no por sus valores intrínsecos, sino en virtud de sus relaciones con la lingüística occidental. Así, tanto la escuela de Kazán como el Círculo de Praga han sido contemplados casi exclusivamente como corrientes conectadas, dentro de los estudios del plano fónico, con el pensamiento estructuralista saussureano; la

primera en calidad de antecedente, el segundo en calidad de consecuente. Y, más allá de estos casos concretos, la rica tradición lingüística de los países eslavos ha quedado generalmente oculta tras una densa nebulosa. La situación geopolítica derivada de la Segunda Guerra Mundial no hizo sino agudizar, aún más si cabe, tal estado de cosas. El telón de acero que dividió Europa se extendió a todos los órdenes vitales, incluido el campo de la ciencia. Europa Occidental y Europa Oriental siguieron entonces, también en lingüística, caminos independientes y mutuamente ignorados, pues la mera posibilidad de establecer cauces de intercambio resultaba poco menos que una entelequia. Hoy día, tras el final de la Guerra Fría, el horizonte parece haber cambiado sustancialmente, pero lo cierto es que todavía queda mucho camino por recorrer. Además, el desmoronamiento de los regímenes soviéticos puede propiciar la aparición de un error tan burdo como malintencionado: el creer que son 'ellos', los científicos del Este, los únicos que deben actualizar sus conocimientos y adecuar sus parámetros de investigación a los cánones y paradigmas vigentes en el mundo occidental, mientras que 'nosotros', los científicos situados en 'el bando de los vencedores', podemos seguir firmemente asentados en nuestras convicciones sin molestarnos en conocer las aportaciones procedentes de otros ámbitos. Esta actitud, sumamente perniciosa bajo cualquier supuesto y en cualquier disciplina científica, resultaría en el campo de la lingüística particularmente reduccionista y empobrecedora. Los datos de que disponemos actualmente, aunque aún son incompletos, ponen ya de manifiesto la incuestionable fecundidad de las líneas de investigación lingüística emprendidas en los países del Este durante el último medio siglo. A modo de ejemplo, baste recordar la trascendencia que tiene, tanto en el plano teórico como en el aplicado, la gramática de dependencias desarrollada en el seno de la Escuela de Leipzig. Y hoy día resulta ineludible tomar en consideración la lingüística de los antiguos estados soviéticos a la hora de estudiar las tendencias actuales en lingüística textual, tipología lingüística, neurolingüística, lingüística computacional y matemática, etc.

De acuerdo con todo lo anterior, el que un manual de historia de la lingüística disponible en español dedique una parte sustancial de su exposición a dar a conocer la lingüística de los países del Este de Europa constituye un paso nada desdeñable en ese camino hacia la normalización que nos reclama el nuevo marco de relaciones internacionales. Y, en este sentido, hay que añadir que el profesor Jiří Černý, por el conocimiento de primera mano que tiene de las fuentes manejadas, es sin duda una voz plenamente autorizada. A ello hay que añadir su capacidad para trazar las debidas conexiones y puntos de encuentro (en pie de igualdad y no en términos de subordinación) entre las propuestas desarrolladas en el Este y en el Oeste, que en no pocas ocasiones siguieron caminos paralelos en la búsqueda de objetivos comunes. Sin pretensiones de exhaustividad, consignaré a continuación algunos pasajes que a mi juicio ilustran muy bien lo señalado hasta aquí.

Las notas sobre la lingüística rusa de finales del siglo XIX y principios del XX aparecen en la parte final del capítulo quinto (págs. 128-130). El profesor Černý toma muy en consideración, lógicamente, a los autores de la Escuela de Kazán (por cierto, este nombre aparece transcrito en el libro como *Kazan*, sin tilde). Ahora bien, frente a lo que suele suceder en otros manuales, aquí la Escuela de Kazán no aparece como un fenómeno aislado, sino que se pone en relación con otros movimientos coetáneos que desarrollaron su labor en el mismo entorno intelectual: la Escuela de Leningrado (liderada por Shtierba) y la de Moscú (con Fortunatov a la cabeza). Escuelas ambas que, pese a que rara vez son mencionadas en la

bibliografía occidental, marcaron durante décadas el devenir de la lingüística rusa y ejercieron un papel pionero en el estudio del carácter social de la lengua, de los mecanismos sintagmáticos, etc.

El capítulo siete (págs. 153-171) está dedicado, por entero, a la lingüística praguense, desde los orígenes del Círculo hasta nuestros días. La excepcional trascendencia de este movimiento está firmemente reconocida y no precisa de mayor justificación. En cualquier caso, sí cabe admitir que el interés de Occidente se ha centrado sobre todo en las aportaciones que en el campo de la fonología ofrecieron autores tan señeros como Trubetzky y Jakobson, mientras que otros miembros del Círculo han sido casi olvidados. El texto aquí comentado tiene el mérito de ofrecer una visión de conjunto mucho más ajustada. Además, debo valorar muy positivamente el valor prioritario que se concede a la figura de Vilém Mathesius, que fue sin duda el principal artífice e impulsor del Círculo (cosa que no siempre se le reconoce), y que merece ser reivindicado con toda justicia por el hecho de haber contribuido decisivamente a sentar las bases del funcionalismo lingüístico por medio de propuestas tales como la teoría de la potencialidad y la perspectiva funcional de la oración.

Al margen de la Escuela de Kazán y del estructuralismo funcional praguense, que realmente son de obligada atención en cualquier manual de historia de la lingüística que se precie, Černý toma en consideración otros muchos autores y corrientes que la bibliografía hasta ahora disponible en español, a lo sumo, recogía de modo bastante tangencial y secundario. Si bien Kuryłowicz y la lingüística estructural polaca, la lingüística cuantitativa que arranca de los estudios de Markov, las teorías psicolingüísticas y neurolingüísticas de Vygotski y Luria, etc. son desde hace tiempo objeto de atención de diversos especialistas occidentales en los campos correspondientes, lo cierto es que, hasta donde llegan mis noticias, no habían contado aún con ninguna presencia relevante en un manual de historia de la lingüística. También las informaciones acerca de la trayectoria en los países del antiguo bloque del Este de los estudios sobre diccionarios de frecuencias, traducción automática y fonética experimental, entre otros, pueden ser calificadas con bastante propiedad como de auténticas primicias. Por último, resulta obligado llamar la atención sobre el apartado titulado «Ideología en la lingüística» (págs. 481-484), que cierra el último capítulo. En él se hace una escueta pero profunda reflexión crítica en torno a los lamentables efectos provocados por la política dogmática que reinó, en lingüística al igual que en otras ciencias, durante el estalinismo y los regímenes burocráticos posteriores. Con especial atención al caso de la antigua Checoslovaquia, salen a la palestra aquí desde los hueros intentos de construir una lingüística ‘genuinamente marxista-leninista’ hasta las injerencias del propio Stalin, pasando por las delirantes tesis de la ‘nueva doctrina’ de Marr. Todo ello, que ya era conocido en Occidente desde una perspectiva externa, se nos ofrece aquí por medio del testimonio directo de quien vivió, y sin duda padeció, tan penosas circunstancias. Todo un ejercicio de honradez intelectual por parte de este autor, que, sin ningún asomo de acritud ni de rencor, señala explícitamente su deseo de que esta experiencia del pasado sirva de enseñanza para las generaciones de futuros lingüistas de su país.

La segunda especificidad que Černý atribuye a su manual responde al hecho de que presta una especial atención a la lingüística del siglo XX, y muy en concreto a las concepciones nacidas tras la Segunda Guerra Mundial. Lo ajustado de tal observación puede comprobarse a poco que se eche un vistazo al índice. Al período que va desde la Antigüedad

al siglo XIX se le dedican solamente los cuatro primeros capítulos. El capítulo quinto estudia diversos métodos y teorías que, en términos aproximados, se gestaron a caballo entre finales del siglo XIX y comienzos del XX (geografía lingüística, dialectología, neolingüística, etc.). Los quince capítulos restantes atienden ya de modo exclusivo a autores y corrientes de la última centuria y, de ellos, no menos de diez se circunscriben concretamente a las últimas cuatro décadas. En definitiva, la presentación de lo que puede llamarse en buena lógica 'lingüística actual' ocupa más del cincuenta por ciento del espacio total del manual, mientras que, por el contrario, a la lingüística situada en períodos anteriores a mil novecientos apenas se le dedica un escaso quince por ciento. Creo que, ante estos datos, son posibles diversas valoraciones, en absoluto coincidentes. Por una parte, hay que admitir que este libro cubre, tal y como señala su autor, una parcela que hasta ahora estaba pendiente de ser incorporada a los manuales de orientación histórica. Pero, por otra parte, parece ineludible reconocer que se detecta un notable desequilibrio en el desarrollo de los contenidos, pues la desproporción entre el amplio espacio que ocupa el período actual y el que destina a los precedentes supera a mi modo de ver cualquier medida razonable. Estoy convencido de que la intención de Jiří Černý no era en absoluto minimizar la relevancia de la lingüística de los siglos pasados ni la conveniencia de su estudio. Pero, a la postre, la exposición que hace de la misma resulta a todas luces insuficiente, hasta el punto de dar la impresión de que el esfuerzo empleado en la sistematización detallada de la lingüística contemporánea se ha realizado 'a costa de' la dedicación que habría requerido la correcta presentación de la lingüística anterior. De todo esto se desprende la idea de que dentro del mismo volumen se encierran en realidad dos libros distintos, con estructuras claramente diferenciadas. Uno sería una historia de la lingüística, propiamente hablando, que ocuparía la primera mitad del total de la obra y que seguiría un procedimiento de exposición esencialmente cronológico. La segunda mitad estaría destinada a ofrecer un panorama general de la lingüística contemporánea. La secuenciación cronológica, sin duda inviable, se sustituye aquí en buena medida por una planificación temática. Desde mi punto de vista, esta duplicidad constituye, en la práctica, una deficiencia estructural que impide el correcto cumplimiento de los objetivos estrictamente historiográficos, que deberían haber sido los prioritarios en este manual. Expongo a continuación algunas consecuencias concretas de todo ello.

Si en algún capítulo se hacen especialmente evidentes las carencias derivadas del escaso espacio dedicado a la lingüística anterior al siglo XX, ése es sin duda el tercero, que, de acuerdo con su título, versa sobre el período que va «desde la Edad Media hasta el siglo XVIII». Es decir, más de mil años de historia que se ven comprimidos en apenas diecisiete páginas (págs. 73-89). Al margen de lo conflictivo que resulta agrupar bajo un mismo capítulo una parcela de tiempo tan amplia y de tan variada naturaleza, no puede ocultarse el hecho de que falta una presentación suficientemente pormenorizada y explicativa de los contenidos correspondientes. Ciertas corrientes del pensamiento lingüístico son olvidadas por completo, como ocurre con la tradiciones gramaticales hebrea y bizantina. Otras son simplemente mencionadas de pasada y sólo las más relevantes son objeto de verdadera atención, pero siempre de un modo sumamente puntual y esquemático. Por otro lado, no se puede olvidar que el período de la historia de la lingüística aquí considerado ha sido objeto en los últimos años de una intensa revisión historiográfica que ha modificado sensiblemente nuestros conocimientos y valoraciones. Dicha revisión no parece haber sido tenida en cuenta por Černý, que en general se limita a reproducir saberes mostrencos y opiniones

tradicionales, a pesar de que no pocas de ellas (por ejemplo, la pretendida escasa trascendencia de la lingüística medieval o la atribución de *Le regole della lingua fiorentina* a Lorenzo dei Medici) han sido puestas muy en tela de juicio por la crítica contemporánea. En relación directa con todo esto, hay que constatar que en la bibliografía se echan en falta muchas referencias a investigadores cuya presencia resultaría prácticamente inexcusable, al menos en nuestro entorno científico. Por limitarnos sólo a lo relativo a la lingüística de la época medieval y humanística, la 'nómina de ausencias' estaría formada por Auroux, Brea Claramonte, Bursill-Hall, Hymes, Padley y otros muchos autores de primer orden. Para el resto de los capítulos iniciales del libro serían válidas también, aunque algo más mitigadas, las críticas esgrimidas a propósito del tercer capítulo. Y, en cuanto a las ausencias bibliográficas, tal vez la más llamativa sea la de Koerner, cuyos trabajos son generalmente considerados como imprescindibles para conocer la historia de la lingüística de los siglos XIX y XX.

Los capítulos dedicados a la lingüística contemporánea también pueden ser objeto de serias críticas, porque las deficiencias estructurales que he comentado con anterioridad inciden igualmente en la pretensión de ofrecer un panorama actual de nuestra ciencia. Algunos reparos tienen un alcance relativamente menor, como puede ser el hecho de presentar la semiótica en el penúltimo capítulo del libro, conjuntamente con la semántica. Personalmente, creo que habría sido más útil haber ubicado la semiótica en un capítulo propio y mucho menos postrero. Otras cuestiones son de más calado. Ahí debe mencionarse, en concreto, el escaso papel concedido a la pragmática: figura únicamente como un breve apartado (págs. 378-384) dentro del capítulo diecisiete («Psicolingüística y neurolingüística»), y se reduce a presentar la teoría de los actos de habla. Creo no errar si digo que ni la ubicación ni el contenido de dicho apartado hacen justicia a lo que supone la pragmática dentro del marco de la lingüística contemporánea. En el supuesto (también discutible, sin duda) de que no se considerase procedente dedicar a la pragmática un capítulo específico, la única alternativa lógica habría sido incorporarla dentro del que se dedica a la filosofía del lenguaje (pues la génesis histórica de la pragmática tiene en buena medida unas bases filosóficas), y haber tenido en cuenta, además de los actos de habla, otras orientaciones de obligada mención como la lógica conversacional de Grice, la teoría de la relevancia y la teoría de la argumentación.

De la lectura total de los capítulos dedicados al panorama de la lingüística actual hay que concluir también que este manual tiene un marcado sesgo en favor de los modelos lingüísticos formalistas, e incluso de las corrientes más 'tecnificadas' de la lingüística actual. En cambio, los modelos de corte funcional, o en general más comprometidos con el estudio del uso lingüístico, se ven manifiestamente preteridos. Nada hay que alegar al hecho de que se dedique todo un capítulo a la gramática generativo-transformacional. Antes al contrario, teniendo en cuenta la importancia de la obra de Chomsky en el conjunto de la lingüística contemporánea, podría incluso haberse hecho una exposición más pormenorizada de la evolución de su pensamiento, y haber tratado con cierto detalle otros modelos nacidos del generativismo. En cambio, sí sorprende que se dedique un capítulo completo a la lingüística estratificacional, algo que, en mi modesta opinión, no encuentra justificación en el limitado peso específico que este modelo tiene en la lingüística actual. De igual modo, la lingüística cuantitativa, la lingüística algebraica y la lingüística computacional son objeto de atención en sendos capítulos de no menos de veinte páginas cada uno, cuando, por las afinidades que

presentan, podrían haberse agrupado en un solo bloque temático mucho más sintético. Si comparamos esto con el espacio concedido a los estudios lingüísticos funcionales, la desproporción salta a la vista. Ya he comentado que la pragmática apenas ocupa unas pocas páginas dentro de un capítulo inadecuado, y que la semántica y la semiótica también se agrupan, un tanto forzadamente, dentro del mismo bloque temático. Observaciones análogas podrían hacerse a propósito de la sociolingüística y de la política lingüística, que, pese a su importancia actual, tampoco son presentadas de un modo autónomo, sino en conjunción con la etnolingüística. No menos significativa me parece la omisión de un amplio espectro de investigaciones que estudian el sistema lingüístico sobre la base de la centralidad del significado y de las condiciones de uso. Sólo las teorías del primer Halliday son consignadas brevemente dentro de las corrientes estructuralistas de postguerra, mientras otros autores básicos para comprender hoy día el paradigma funcional en gramática (Givón, Dik, Kuno, etc.) no son siquiera mencionados. Por último, hay que advertir que, pese a que en el capítulo diecisiete figura un apartado que lleva por título «Ciencia cognitiva y la lingüística», su contenido versa exclusivamente sobre cuestiones de psicología del lenguaje, y no hace ninguna referencia a lo que hoy se conoce en Occidente como lingüística cognitiva (en la línea de Langacker, Lakoff, etc.), que es otro de los grandes espacios teóricos totalmente desatendidos.

Las observaciones críticas a esta *Historia de la lingüística* podrían ampliarse mucho más, pero no creo que merezca la pena proseguir en una casuística que, amén de alargar esta ya de por sí extensa reseña, probablemente no contribuiría a la valoración que merece el libro en su conjunto. Me interesa, por el contrario, llamar la atención sobre el trasfondo que subyace bajo los hechos constatados. Y ese trasfondo nos remite, en última instancia, a algo que ya se comentó al comienzo de estas páginas: el divorcio científico que durante décadas ha imperado entre el Este y el Oeste. Y es que, aunque la Guerra Fría pueda darse por finalizada, los lastres de incomunicación entre ambos mundos, por desgracia, siguen vigentes, y salen a la luz en publicaciones como ésta. Por eso, de la misma manera que muchas de las aportaciones de este manual constituyen una auténtica novedad para un lector español, probablemente una considerable proporción de los conocimientos y del bagaje bibliográfico que en Occidente son moneda de uso común aún no resultan familiares en otros escenarios científicos diferentes al nuestro. En definitiva, el libro que aquí presentamos puede ofrecerse como un ejemplo palpable de hasta qué punto, para el caso concreto de la historiografía lingüística, las fronteras de los antiguos bloques aún perviven en muchos aspectos. Por eso, las indudables lagunas y deficiencias detectadas no nos permiten por sí solas desautorizar la obra de Jiří Černý, al menos mientras no sepamos exactamente hasta qué punto, y de qué forma, resulta accesible en los países del Este de Europa la investigación lingüística e historiográfica que hoy se desarrolla en el mundo occidental.

A modo de conclusión, habría que decir que la *Historia de la lingüística* elaborada por Jiří Černý nos ofrece informaciones sumamente valiosas sobre diversas parcelas que hasta ahora apenas habían sido tratadas por los historiadores de nuestra ciencia. Al mismo tiempo, se constata la omisión o la exposición parcial e incompleta de otras cuestiones de primera magnitud. Por todo ello, hay que reconocer que esta obra no está en condiciones de sustituir a los manuales de referencia más usados actualmente en nuestro entorno académico. Ahora bien, sí puede servir como un complemento muy útil para los mismos, por lo que creo sinceramente que este libro está llamado a ocupar un espacio propio en la bibliografía

existente en nuestra lengua sobre historia de la lingüística, y que, por encima de cualquier otra consideración, merece, en términos generales, una acogida favorable y comprensiva.

Ventura Salazar García  
Universidad de Alicante

Maria Josep Cuenca y Joseph Hilferty: *Introducción a la lingüística cognitiva*, Barcelona: Ariel, 1999, 252 págs.

El presente libro constituye la primera introducción que aparece en español presentando una de las corrientes lingüísticas que más difusión está teniendo en la actualidad: la lingüística cognitiva. Es cierto que ya en 1994 apareció el libro del Prof. J. L. Cifuentes: *Gramática cognitiva. Fundamentos críticos*, pero dicho libro no era exactamente una introducción al tema con vistas a un público mayoritario, sino una fundamentación teórica, y contrastiva, de algunos de los principales aspectos que subyacen a la corriente lingüística considerada.

Según los autores, la lingüística cognitiva aparece como tal en California, hacia 1987, gracias a la publicación de dos libros, *Foundations of Cognitive Grammar*, de Langacker, y *Women, Fire and Dangerous Things*, de Lakoff. Este último se basa en los principios de asociación que propone Dixon para el Dyirbal y los aplica a la categorización humana, distinguiendo: centralidad, encadenamiento, dominios experienciales, modelos idealizados, conocimiento específico, lo demás, propiedades comunes y motivación. Anteriormente, podemos encontrar algunos precedentes como Jackendoff, Hudson, Wierbicka o Givón. Además, en sus orígenes, se puede relacionar con la semántica generativa, a la cual perteneció Lakoff. Un aspecto no señalado por los autores pueden ser las raíces europeas de la corriente cognitivista, y donde si bien es cierto que hay muchísimos autores europeos, procedentes fundamentalmente de corrientes textuales y pragmáticas, que podrían ser vinculados de alguna manera con la perspectiva cognitivista, en algunos casos creemos que su aportación es fundamental para el desarrollo específico de la lingüística cognitiva como tal, así, por ejemplo, el caso de D. Geeraerts, quien ya en 1985 publicó un extraordinario libro de fundamentación cognitivista: *Paradigm and paradox. Explorations into a paradigmatic theory of meaning and its epistemological background*.

Desde el punto de vista filosófico, la lingüística cognitiva se sitúa en el experiencialismo, frente al objetivismo, lo que supone considerar el pensamiento como una estructura ecológica, de carácter corpóreo, con propiedades gestálticas y que se define como imaginativo, por lo que sólo es descriptible mediante modelos cognitivos.

La base de la lingüística cognitiva es considerar que el lenguaje no es una capacidad cognitiva autónoma, ya que expresa significados, y éstos son dependientes de la cognición. Por ello, se pueden encontrar similitudes con otras capacidades cognitivas, como la formación de conceptualizaciones estructuradas, la utilización de una estructura para categorizar otra, el entendimiento de una situación en diferentes niveles de abstracción, o la combinación de estructuras simples para formar otras más complejas.

El concepto que da pie a una de las teorías generales del cognitvismo es el de categorización, mecanismo de organización de la realidad (variada y multiforme) que tiene

como producto las categorías cognitivas, y que se puede realizar por abstracción o por discriminación. La categorización cognitiva se lleva a cabo a dos niveles, uno horizontal, determinado por la teoría de prototipos; y otro vertical, representado por la teoría del nivel básico.

En cuanto a la teoría de prototipos, podemos situar sus orígenes en los estudios antropológicos y psicológicos sobre la categorización de los colores. Se plantea así la primera teoría, por la cual, se define el prototipo como ejemplar más representativo, las categorías se organizan alrededor de éste y sus fronteras son difusas. Pero esta teoría origina algunos problemas, por ejemplo, si sólo hay un prototipo en cada categoría. Por eso se reformula y se empieza a hablar de efectos de prototipicidad, es decir, el prototipo no es una entidad objeto sino una entidad cognitiva, o sea, una imagen mental que se define respecto a modelos cognitivos idealizados, no respecto al mundo real. Los efectos prototípicos surgen por las interrelaciones entre la realidad y el modelo cognitivo idealizado. Además las categorías se forman por semejanza de familia, es decir, no todos sus miembros han de tener una propiedad común entre sí, sino que se trata de una intersección de rasgos que tienden a coincidir pero que no son necesarios.

La otra teoría que conforma el concepto cognitivo de categorización es la teoría del nivel básico, que actúa en el interior de la propia categoría. Se basa en nuestra capacidad de abstracción y su ejemplo más significativo es la hiponimia. Consiste en la distinción de tres niveles en el proceso de categorización: el superordinado, el básico y el subordinado. De los tres, el más importante es el básico, pues los elementos se identifican más rápidamente, ya que están asociados a una imagen mental y simple; son palabras más cortas; y es el nivel más informativo. El superordinado, por el contrario, presenta una «categorización parasitaria» y el subordinado sólo ofrece un poco más de información y su procesamiento es más costoso.

Estas consideraciones teóricas se han intentado aplicar de forma práctica, por ejemplo a la función de sujeto, cuya definición prototípica sería ser agente, concordar con el verbo y aparecer como tema. Sin embargo existen casos intermedios entre el sujeto y el objeto directo o el indirecto, que podríamos considerar como ejemplos periféricos, como el sujeto y el objeto directo en las pasivas o en los verbos ergativos; o el sujeto y el objeto indirecto en verbos como preferir, gustar, etc. También se ha intentado dar una definición prototípica de la interjección, ya que desde el punto de vista tradicional presenta problemas. Se consideran pertenecientes a la subcategoría de nivel básico fragmento, que forma parte de la supracategoría oracional, donde las interjecciones propias se relacionarían directamente con las prooraciones y las impropias resultarían de la gramaticalización de fragmentos. Intercategorialmente, se relacionan con los adverbios, pero no tienen puntos en común suficientes para considerarse como tales.

La segunda teoría general es la semántica cognitiva, que parte de la naturaleza simbólica del lenguaje, así que la semántica no puede ser composicional, ya que el lenguaje participa de cualidades gestálticas, por las que la integración de dos o más elementos produce efectos no atribuibles a ninguno de ellos, como es el caso de las expresiones idiomáticas. En este sentido, aparece el concepto de dominio cognitivo, entendido como «ámbito coherente de conocimiento que lleva a cabo una función de marco para conceptos más específicos y que nos permite situar el significado en su entorno conceptual correcto». Esto nos lleva a la idea de que es imposible desvincular la semántica (o lo denotativo) del funcionamiento del mundo (o lo connotativo), por lo que se requiere una semántica de carácter enciclopédico.

En esta teoría semántica, la adquisición de significado por parte de una expresión se realizará imponiendo un perfil a una base, es decir, una subestructura destacada en «una matriz subyacente de dominios cognitivos relevantes que se requiere para comprender una expresión». El significado descansa sobre la relación entre la base y el perfil, de ahí el tratamiento igualitario que se le da a lo connotativo y a lo denotativo. Apoyando esta misma idea aparece el concepto de imagen, es decir, la manera en que concebimos una determinada situación, que se deriva no sólo del contenido proposicional de una determinada conceptualización sino también de la interpretación que se le da.

No obstante, en nuestro conocimiento del mundo nos guiamos por modelos cognitivos idealizados, que se componen de conocimiento enciclopédico pero son sólo una representación parcial de todo lo que sabemos acerca de la organización del mundo. Uno de los ejemplos más interesantes que muestran la relación entre el conocimiento del mundo y el conocimiento gramatical son las estructuras del verbo *tener*. A partir de ellas nos damos cuenta, por ejemplo, de que un rasgo como la maximalidad (capacidad de un constituyente para formar por sí solo un sintagma) no se rige por criterios sintácticos sino que depende de aspectos relacionados con modelos cognitivos idealizados, según lo cual, para las posesiones en castellano existen dos posibilidades: cantidades de más de uno («¿tienes hijos?»); o cantidades de uno («¿tienes marido?»); aunque también hay ejemplos que admiten las dos posibilidades dependiendo del contexto, y otros que activarían un modelo cognitivo *ad hoc*.

La teoría de la metáfora constituye el tercero de los pilares básicos de la lingüística cognitiva. Las metáforas y las metonimias se ven como mecanismos de procesamiento cognitivo. En cuanto a las primeras debemos destacar las metáforas conceptuales, entendidas como esquemas abstractos que sirven para agrupar expresiones metafóricas y cuya estructura interna consta de un dominio de origen (el que presta los conceptos) y un dominio de destino (sobre el que se superponen). La proyección de un dominio conceptual sobre otro implica el establecimiento de una serie de correspondencias que enlazan el dominio de origen con el de destino. Tales correspondencias pueden ser ontológicas (que vinculan subestructuras entre los dos dominios) o epistemológicas (que representan el conocimiento importado de un dominio a otro). Las metáforas están sometidas a una serie de restricciones, sintetizadas en la hipótesis de invariabilidad, principio por el cual se respeta la imagen esquemática («subclase de imágenes conceptuales que surge de experiencias perceptuales y recurrentes en el curso del desarrollo cognitivo») que subyace al dominio de origen y al de destino.

Por otro lado, la metonimia es un tipo de referencia indirecta por la que se alude a una entidad implícita (zona activa) a partir de otra explícita (punto de referencia). Al igual que la metáfora, es también un procedimiento conceptual que relaciona entidades, pero mientras la metáfora asocia entidades pertenecientes a dominios distintos, la metonimia relaciona entidades cognitivamente contiguas.

Otro aspecto que ha sido revalorizado por la lingüística cognitiva ha sido la polisemia, considerada como una consecuencia lógica de nuestra categorización y una muestra de la convivencia entre la abstracción y la realidad en una misma categoría. Las palabras polisémicas serían categorías complejas o radiales que incluyen una constelación de sentidos con diferentes grados de representatividad. Así, si adoptamos el concepto de red conceptual como modo de representar y de unir los hilos de conocimiento que conforman las unidades lingüísticas y cuya configuración sería prototípica a partir de un miembro central, en el caso de las redes polisémicas, la estructuración prototípica se daría no sólo a partir del parecido

literal, sino mediante metáforas y metonimias. Con ello se crean cadenas de significado donde todas las entidades no han de estar conectadas con el miembro central, sino que se relacionan mediante semejanza de familia.

La noción de polisemia se ha utilizado para explicar las interpretaciones de una construcción como *ir a + compl.* Su sentido originario está basado en el esquema de trayectorias, que consta de un origen, un destino, un trayecto y un viajero («voy a casa»). No obstante, el hecho de que el destino se encuentre por delante en el espacio se traduce en el dominio del tiempo en futuridad («va a llover»). Además a esta construcción se le puede aplicar también el sentido de intencionalidad, pues llegar a un destino implica lograr un fin («no voy a discutir contigo»). De la misma manera se pueden analizar los distintos usos de la preposición *por*. Su significado originario es representar un trayecto que conecta un espacio con otro («el tren pasó por el túnel»). Pero también puede designar al intermediario, por extensión metafórica, ya que el emisor sería el origen y el receptor el destino del trayecto que recorre un elemento («te lo mando por SEUR»). También puede designar manera, basándose en la metáfora conceptual *los modos de acción son trayectos*, pues tanto unos como otros son medios para alcanzar una finalidad («le obligó a confesar por la fuerza»).

Uno de los aspectos más dinámicos de la lingüística cognitiva ha sido la teoría de la gramaticalización. Meillet la definió como el proceso por el que una unidad léxica o estructura asume una función gramatical o una unidad gramatical asume una función más gramatical. Los cognitivistas intentan observar todo el proceso, y así distinguen seis niveles: morfológico, fonológico, léxico, distribucional, de frecuencia y semántico. El primero se ha llamado también reanálisis o descategorización, y en él se produce una gradación en el cambio de categoría (elemento léxico - palabra gramatical - clítico - morfema flexivo). El otro nivel destacado es el semántico, llamado también atenuación, por la pérdida de significado, pero lo que realmente se produce no es una pérdida sino una pragmatización del significado.

Como explicación de la gramaticalización se han dado dos hipótesis: la gramática emergente y la subjetivación. La primera la considera como una tendencia a codificar gramaticalmente estructuras que no estaban codificadas o que lo estaban de otra manera. La segunda se basa en una implicación progresiva del hablante que tiene como consecuencia la conversión de elementos léxicos en elementos que pautan el texto e indican las actitudes del hablante. Esta lexicalización se puede producir por procedimientos metafóricos, ya que habría un aumento de abstracción que actuaría en tres dominios: el del contenido, el epistémico y el de actos de habla. El otro procedimiento de lexicalización es el metonímico, que se daría por el intento del emisor y del receptor en ser cada vez más específicos en la codificación gramatical, lo que supone un refuerzo de la informatividad basado en un proceso metonímico de carácter inferencial.

La gramaticalización se puede aplicar a la formación de conjunciones. Así sucede con *while* en inglés, que procede de una estructura compleja que se fija como conjunción temporal desarrollando después un valor concesivo que convive con el temporal. Su análogo en alemán, *weil*, sin embargo, desarrolla una inferencia causal que hace desaparecer a la temporal. Esto también se observa en español y en catalán, donde *mientras* supone un valor temporal, y *mientras (que)* implicaría un uso contrastivo.

A partir de aquí se pueden plantear los principios fundamentales de la lingüística cognitiva como:

a) Naturaleza cognitiva y simbólica del lenguaje. Tal simbolismo se aparta del concepto saussureano pues se establece una arbitrariedad relativa que no afectaría a la estructuración del lenguaje, que sería motivada; además el carácter simbólico no sólo afecta al signo lingüístico sino también a estructuras superiores e inferiores. Relacionado con la motivación surge el concepto de iconicidad, por el cual los aspectos formales pueden derivar de aspectos significativos.

b) Semántica y pragmática. No existe una diferencia entre el significado denotativo y el connotativo, por eso tampoco hay frontera entre semántica y pragmática. Esto justifica que la estructura semántica no se considere universal, sino, hasta cierto punto, dependiente de una lengua.

c) Relación entre los componentes de la gramática. Se cuestiona la autonomía del lenguaje y la centralidad de la sintaxis, surgiendo así el principio de no sinonimia.

d) El carácter difuso del lenguaje. La mayor parte de los aspectos del lenguaje y de la experiencia en general es cuestión de grado.

La lingüística cognitiva se erige como un modelo gramatical contrario a la formalización, pues pretende clarificar conceptos; no se basa sólo en los ejemplos prototípicos sino también en el léxico y las expresiones fijas; tampoco se adapta a la falacia regla/lista, por la que lo productivo se somete a reglas y lo idiomático a listas, sino que proponen reglas que recogen aspectos generales y formas específicas; y sus teorías son predictivas pero no en grado absoluto, pues destacan los factores que pueden evitar la aplicabilidad.

La lingüística cognitiva se puede entender como una orientación con futuro que ya ha gozado de gran éxito en los estudios en español, como por ejemplo en las funciones; las categorías gramaticales; las construcciones; el cambio semántico y la gramaticalización; la fraseología, morfología y léxico; o el análisis del discurso y la lingüística aplicada. Y es muy de agradecer los apartados que dedican los autores a comentar las aplicaciones que se han hecho de la lingüística cognitiva a las distintas lenguas de España, fundamentalmente castellano y catalán, si bien aquí debemos señalar algunas lagunas que, a pesar de ser excusables por la forma de haber llevado a cabo los autores la elaboración de las referencias bibliográficas, no podemos dejar de comentar. Así los trabajos llevados a cabo por la escuela gallega, como los de T. Moure sobre la lingüística no discreta, o las múltiples aplicaciones sintácticas que han efectuado autores como J. García Miguel, y otros más de su entorno, quienes, si bien no encuadran sus trabajos en una línea cognitivista ortodoxa, sí utilizan profusamente sus aplicaciones. De igual forma debemos señalar gran cantidad de trabajos llevados a cabo sobre la enseñanza de segundas lenguas, como los elaborados por A. Castañeda Castro, o las distintas aplicaciones gramaticales que se han llevado a cabo por diversos autores de la Universidad de Cádiz.

En conclusión, estamos ante una obra fundamental dentro del panorama lingüístico español, y es fundamental por dos motivos principalmente: por la pertinencia y oportunidad de presentar ante el gran público una corriente lingüística que está ganando adeptos día a día, y, en segundo lugar, por lo bien elaborada que está, pues por la selección de los temas tratados, y por el desarrollo expositivo de los mismos, la hace merecedora, en nuestra opinión, de ser la mejor presentación que hay de la lingüística cognitiva, mucho mejor que las distintas introducciones a la misma que hay en inglés, lo que unido a que está escrita en castellano, nos permite augurarle un excelente futuro.

*Susana Rodríguez Rosique*

Milagros Fernández Pérez: *Introducción a la lingüística*, Barcelona, Ariel, 1999.

En un ámbito como el de los estudios lingüísticos en el que tanto abundan los trabajos introductorios y las 'aproximaciones', podemos saludar esta nueva introducción al tema por su clara y explícita concepción como manual universitario. Preside la obra una encomiable preocupación por la organización de los contenidos (la más lógica y adecuada, teniendo en cuenta la realidad de los hechos y los futuros lectores) y una sincera reflexión sobre la enseñanza y el aprendizaje de la lingüística en la universidad de hoy en día. No en vano la autora posee una dilatada experiencia en las aulas; Milagros Fernández Pérez, Catedrática de Lingüística General de la Universidad de Santiago de Compostela, ha trabajado en distintos ámbitos del área, como la fundamentación epistemológica de la lingüística, la morfología o la sociolingüística. Más recientemente, ha realizado incursiones en el ámbito de la lingüística aplicada, en especial en el campo de la lingüística clínica. Esta obra, por tanto, se presenta como corolario de una carrera de amplias y variadas perspectivas, lo cual es sin duda un rasgo a tener en cuenta en todo panorama de la lingüística que se pretenda general.

La propia autora plantea en su introducción los aspectos en que estriba, en su opinión, la novedad de la obra: su voluntad de globalidad, la preocupación por la perspectiva del alumno, esto es, por el aprendizaje (yendo de lo particular a lo general), y el interés por dejar constancia del dinamismo de los estudios lingüísticos y por no apabullar al lector con información que no le sea útil en la actualidad, por más que haya tenido su importancia en un momento determinado.

Pensando en los destinatarios de la obra (aprendices no iniciados en la materia), la doctora Fernández Pérez parte de una concepción unitaria de la lingüística, aunque dando cabida a los diversos aspectos que engloba, y concibe y presenta los logros de la disciplina en permanente progreso. Por su parte, la división de la obra en dos partes tampoco es casual, como veremos. La primera parte gira en torno al lenguaje como fenómeno real y la segunda sobre las orientaciones metodológicas y escuelas que han surgido en el seno de la lingüística para desarrollar los estudios sobre el lenguaje; división que es perceptible a su vez en el subtítulo del libro: «Dimensiones del lenguaje y vías de estudio».

El hecho de estructurar de este modo el libro, concediendo prioridad al fenómeno del lenguaje lo justifica la autora por un doble motivo. En primer lugar, porque éste es el recorrido 'natural' que ha experimentado la propia lingüística (que se consolida a través precisamente de la explicitación cada vez más sistemática y científica de los fenómenos que envuelven la capacidad del lenguaje). Y, en segundo lugar, porque, por ese mismo motivo, éste debe ser el itinerario más indicado para un correcto seguimiento por parte de quienes se inicien en el estudio de la lingüística.

De este modo, Fernández Pérez no se plantea esta obra como una introducción más, sino más bien como una particular interpretación de cómo estudiar y aprender lingüística. Continuas reflexiones críticas sobre el modo en que los contenidos ocupan las asignaturas de los actuales planes de estudios, por ejemplo, jalonan el texto. Y se advierte también en la autora una reflexión sobre cuáles son los conocimientos previos y las expectativas de los alumnos de los primeros cursos universitarios que son, en definitiva, los potenciales lectores del libro: de qué ámbito educativo vienen; cómo es la asignatura a la que se enfrentan (su troncalidad); la importancia de ésta de cara a la formación en general del futuro licenciado y

a la selección de optativas en el resto de la carrera en función de lo que se llegue a estimular; o, finalmente, la necesidad de plantear las cuestiones desde la realidad de los fenómenos lingüísticos hacia su interpretación y estudio a través de la lingüística para evitar, con tal conexión a lo real, esa imagen de materia excesivamente especulativa y formal que en ocasiones acompaña a la lingüística.

Todas estas reflexiones, tan poco frecuentes en los manuales al uso, y las implicaciones que tienen en el texto, pueden contarse como uno de los principales logros de la autora en su loable intención de acercar la lingüística a sus lectores.

En cuanto a la organización de la obra, comienza con un capítulo introductorio para la imprescindible contextualización del tema, en el que muestra la evidente complejidad del fenómeno lingüístico, su naturaleza social y biológica y las diversas acepciones que encierra el membrete de 'Lingüística General'. Tras la introducción, cada una de las dos partes que componen la obra se subdivide a su vez en tres capítulos. Así, la primera parte, que pretendía abarcar, recordemos, la diversidad del fenómeno del lenguaje desde todas las perspectivas que lo definen, dedica sendos capítulos a su vertiente social, a su vertiente de representación simbólica y a su vertiente neuropsicológica.

En su dimensión social, la autora atiende a todos los fenómenos de variación intraidiomática, desde las conceptualizaciones del estructuralismo ('lengua y habla' de Saussure y 'sistema, norma y habla' de Coseriu) hasta la sistematización de la variación realizada desde el campo de la sociolingüística (se recogen dos de los principales enfoques sociolingüísticos, el norteamericano de Labov y el británico de Milroy). En cuanto a la variación interidiomática, se estudian tanto los problemas que plantean los conceptos de lengua nacional y lengua oficial y la aparición de los saberes, como el intento clasificatorio de las lenguas del mundo, en especial desde la perspectiva constitutiva del enfoque tipológico.

En el capítulo de la dimensión simbólica del lenguaje se explicitan las relaciones entre comunicación lingüística y cognición, los fundamentos semióticos tanto de los sistemas verbales como no verbales y la estructura semiótica de las lenguas (desde el punto de vista del análisis estructural).

Por último, en el capítulo correspondiente a la vertiente neuropsicológica del lenguaje, destaca el interés por el estudio filogenético (origen de la capacidad del lenguaje) y ontogenético (desarrollo de la habilidad del lenguaje). Encontramos aquí, por un lado, los últimos avances en el estudio del origen del lenguaje desde la perspectiva de la biolingüística y las principales teorías sobre adquisición de la lengua y, por otro, la descripción de la base cerebral de la actividad lingüística y las principales patologías del lenguaje.

Respecto de esta primera parte, es importante reseñar la mayor extensión concedida al capítulo sobre la naturaleza neuropsicológica del lenguaje, el más extenso, con diferencia, de todo el libro (lo que también sucede con el número de entradas bibliográficas recomendadas). Esta mayor atención se puede explicar probablemente por ser el ámbito en el que más ha trabajado recientemente la autora, quien considera medular un acercamiento al lenguaje desde su perspectiva neuropsicológica.

Por lo que se refiere a la segunda parte del libro, en la que se repasan los métodos, enfoques y escuelas y también las disciplinas que han configurado la Lingüística en su devenir histórico y su situación actual, encontramos a su vez tres capítulos.

En el primero de ellos, se explican las bases historiográficas y la conexión de tradiciones lingüísticas históricas con orientaciones actuales. No se trata, aunque pudiera parecerlo, de un breve repaso por la historia de la lingüística, ni siquiera se pretende establecer las coordenadas de tal evolución (no era ése el propósito, es obvio); en este capítulo sobre los fundamentos históricos de la disciplina lo que encontramos es la justificación del sentido historiográfico del estudio de la historia de la lingüística y la descripción de las principales tradiciones (o «programas de investigación») en su unidad evolutiva y también en su diversidad. Estas tradiciones, que conviven y se alternan a lo largo de la historia, podrían resumirse en tres, a juicio de la autora: «a) una tradición que reconoce la naturaleza del lenguaje sobre la base de su existencia social; b) un segundo programa de investigación que atribuye a los hechos lingüísticos un fundamento natural, biológico, y c) una tercera concepción que hace descansar la ontología del lenguaje en su carácter formal, en su función representacional y cognitiva» (pág. 216).

El segundo de los capítulos está dedicado al momento actual de la lingüística y en él se repasan los objetivos de las diferentes disciplinas lingüísticas. No es casual que se haya recogido esta cuestión en este punto de la obra, pues es quizá cuando mejor puede ser entendida la dimensión de cada una de ellas, habiendo comprendido previamente cómo se plantean los problemas lingüísticos y cómo aquéllas parcelan su área de conocimiento a partir de éstos. De otro modo, sería un mero recuento clasificatorio de disciplinas que no acabaría de aprehender el alumno. La doctora Fernández Pérez se reafirma en trabajos suyos anteriores en que ha tratado esta cuestión y justifica la división entre *ramas* y *divisiones* de la lingüística «por centrar sus intereses respectivos en la constitución interna de las lenguas (las ‘divisiones’) o en la situación de los fenómenos lingüísticos en coordenadas externas (las ‘ramas’)» (pág. 229). Entre estas últimas se encontrarían la Psicolingüística, la Neurolingüística, la Sociolingüística, la Antropología lingüística, la Pragmática y la Filosofía del Lenguaje; y entre las divisiones, la Fonética y la Fonología, la Gramática —subdividida en Morfología y Sintaxis— y la Semántica o Lexicología. Es remarcable el tratamiento comparativamente escueto que reciben estas divisiones en el conjunto de la obra, teniendo en cuenta que todas ellas han sido aspectos tradicionalmente medulares en cualquier manual de lingüística, lo cual parece indicar un cambio de orientación y un nuevo modo de concebir qué se entiende por lingüística.

Por otro lado, se plantea en cada disciplina no sólo qué se estudia sino también para qué (objeto y objetivos); y de ahí que tengan amplia cabida las aplicaciones lingüísticas. Por su parte, el tratamiento que recibe la Lingüística Aplicada no se limita a repasar los ámbitos que incluye, sino que la autora ha intentado relacionar la aplicación de los estudios lingüísticos con el planteamiento de la primera parte de su obra. Por eso habla de problemas reales de las lenguas derivados de su carácter social (planificación, enseñanza de lenguas, traducción), de su carácter neuropsicológico (terapia lingüística) y de su procesamiento artificial (lingüística computacional). En definitiva, tanto al hablar de las ramas como de las divisiones lingüísticas, encontramos una acertada valoración de la evolución de cada disciplina y un comentario sobre el estado actual de los estudios: de dónde vienen y hacia dónde van, qué tendencias se observan, cómo se explica el auge o el menor desarrollo reciente de algunas de ellas, etc., algo que supera con creces la mera sistematización de áreas de estudio.

El último capítulo está dedicado a la epistemología de la lingüística, como imprescindible colofón tras la asimilación de toda la información previa (se ha optado, a

diferencia de lo que en ocasiones sucede en publicaciones de este tipo, por no situar un capítulo de estas características encabezando la obra, probablemente porque está orientada a alumnos que se inician en la materia). Resulta, por tanto, muy apropiado finalizar con el debate sobre la entidad y consistencia de la lingüística como disciplina, aspecto que la autora considera ciertamente desatendido respecto a otros en el interés de los estudiosos y en su presencia en los planes de estudio.

Volviendo a la preocupación de la autora por cómo se lleva a cabo la enseñanza y por cómo aprenden los alumnos, es de resaltar su insistencia en cuestiones que, a pesar de su evidencia, no suelen verse manifestadas por escrito. Y que deberían hacernos reflexionar —y mucho— a todos los que tenemos algún tipo de responsabilidad docente: se refiere, así, a la necesidad de acomodarse al nivel de los alumnos (no sólo en cuanto a qué se explica, sino en cuanto a cómo se enseña) sin simplificar los contenidos; la necesidad, también, de que el alumno tenga presentes los «propósitos de la formación» (adónde se quiere llegar tras acabar el curso, qué objetivos se plantean); y, por último, algo quizá más novedoso, la pertinencia de resaltar la utilidad de lo enseñado, la «rentabilidad» de los aspectos lingüísticos estudiados, el señalar para qué sirve un determinado conocimiento (aclarando que no se refiere a la exigencia de un producto concreto, sino a la utilidad en términos generales). Aunque puede haber discrepancias respecto de la primera de estas cuestiones (los objetivos de la formación), la propia autora apunta cuál considera el fundamental: «despertar la curiosidad y el interés por los hechos lingüísticos» (pág. 16), porque éste arrastrará a los subsiguientes, a saber, proporcionar una metodología de estudio y un conocimiento de la terminología lingüística que permita al alumno analizar con criterio los fenómenos lingüísticos.

Consciente también de que su propio libro es una herramienta básica de estudio en este proceso de aprendizaje, la autora se preocupa por cómo conseguir los objetivos propuestos y, como ya viene siendo cada vez más habitual en este tipo de manuales, incluye, tras cada capítulo, recomendaciones bibliográficas y ejercicios prácticos. Efectivamente, resulta muy útil la selección bibliográfica especificada por temas, sobre todo porque va acompañada de un breve comentario acerca de su enfoque y contenido; una valoración, en suma, que puede resultar de inestimable ayuda a quien podría perderse en la maraña de páginas y páginas de bibliografía, imprescindibles para el especialista, pero turbadoras para el no iniciado. Recomendando estos textos seleccionados (a veces libros, pero también a menudo, capítulos o artículos) se pretende que su lectura complementaria consolide el trabajo intelectual de los alumnos y permita ampliar información. En este sentido, también resulta de utilidad la inclusión, además de la bibliografía general, de un anexo que recoge obras básicas de consulta en lingüística, agrupadas en tres grandes bloques: introducciones generales, enciclopedias y atlas lingüísticos y, por último, diccionarios especializados.

En cuanto a los ejercicios, destacamos en primer lugar su variedad, pues van desde el comentario de breves fragmentos, a partir de determinadas cuestiones planteadas, o la confrontación de dos textos sobre un mismo tema tratado desde dos perspectivas diferentes, hasta la interpretación de material audiovisual que trate sobre el lenguaje o las lenguas. En ocasiones pueden resultar incluso algo complejos, pues exigen una gran dosis de crítica y presuponen haber asimilado concienzudamente los conceptos expuestos previamente. En algunas prácticas se requiere el uso de diccionarios especializados; en otras se remite a alguna de las lecturas recomendadas para cuestionar algún aspecto planteado; también se

pide al alumno que componga diálogos en distintas variedades lingüísticas o que escriba cartas o textos explicativos que requieran el manejo de distintos registros, potenciando así un tipo de ejercicios más creativos. Y, por último, se apela a menudo a la experiencia directa, real, del estudiante con los fenómenos lingüísticos; esta pretensión de que aduzca evidencias concretas de fenómenos explicados, a partir de ejemplos de situaciones reales, que pueden ser observadas en su entorno familiar o social, implica despertar o incentivar su capacidad de observar críticamente y percatarse de la complejidad de los hechos lingüísticos que le rodean. Los apartados dedicados a estas prácticas, por tanto, están muy elaborados. Un primer aspecto positivo es que si se llevan a cabo, el alumno aprenderá por sí mismo, porque realmente exigen reflexionar, repasar, consultar, contrastar opiniones, producir opinión propia... aprender, en definitiva. Y otro aspecto también interesante es que su lectura puede incitar y ayudar a cada profesor a crear nuevos ejercicios similares, complementarios, más adecuados a la realidad de su grupo, pero en la misma línea de los propuestos. Con esta variedad de propuestas, se trata de que cada grupo elija las que más le convengan en función del interés por el tema, el tiempo dedicado o disponible y los propios estilos de aprendizaje de los alumnos. No olvida Milagros Fernández los problemas que pueden plantearse durante el proceso: escasa o diferente motivación en el alumnado e incapacidad o dificultad del profesor para llegar a ellos (por diversos motivos). Podríamos añadir sin duda la masificación de las aulas, pero, en cualquier caso, lo que la autora constata es que no se trata tan sólo de qué enseñar, con qué objetivos o de qué manera (todo ello sin duda fundamental), sino sobre todo de que enseñanza y aprendizaje son fenómenos que tienen que ver con la comunicación interpersonal, con las actitudes de profesor y alumnos, con el respeto mutuo y con el entusiasmo que se sea capaz de transmitir y generar en los aprendices.

Tales reflexiones nos muestran a una lingüista preocupada por la transmisión de la disciplina, que concede a la tarea docente la dedicación que requiere. Hallamos también en ella una actitud crítica hacia la situación actual de la universidad, para la que postula un tipo de enseñanza específica, de calidad, que dote no tanto de conocimientos tan sólo cuanto de métodos que permitan valorar la información transmitida y la que se obtenga una vez finalizados los estudios. En concreto, en el ámbito de la enseñanza de la lingüística, ello resulta especialmente relevante por el tipo de materia de que se trata, por los prejuicios con los que suelen llegar los alumnos sobre cuestiones lingüísticas y por la necesidad de formar integralmente al futuro filólogo, traductor, periodista, etc., tarea en la cual se trasluce el carácter «general» de la lingüística, sin exclusivismos por parte de una u otra especialidad.

En definitiva, estamos ante una obra con abundante información, muy actualizada, con una muy pensada y coherente distribución de la materia y en la que, sin soslayar la profundidad en los contenidos expuestos, Milagros Fernández Pérez muestra una exquisita preocupación por los fundamentos pedagógicos de la enseñanza de la lingüística.

*Susana Pastor Cesteros*  
Universidad de Alicante

Dirk Geeraerts: *Diachronic prototype semantics. A Contribution to Historical Lexicology*, New York, Clarendon Press Oxford, 1997, 207 págs.

Dirk Geeraerts es profesor de Lingüística en el Departamento de Lingüística de la Universidad de Lovaina y la obra que nos ocupa es una importante contribución a la teoría lexicológica en el estudio del cambio semántico, extrapolando los efectos de la teoría prototípica a la semántica diacrónica. Cuatro son los efectos, a juicio de Geeraerts, de dicha prototipicidad:

a) Algunos miembros de una categoría léxica son más típicos, más representativos de ella que otros. Este hecho ilustra el nivel extensional o referencial en lo que se refiere a la no igualdad de la estructura semántica («extensional non-equality»).

b) Los significados de un elemento pueden constituir un grupo con uno o más casos centrales rodeados a su vez por significados periféricos que proceden de esos significados centrales («intensional non-equality»).

c) Hay serias fluctuaciones a la hora de delimitar una categoría, pues los límites entre una categoría y otra son siempre difusos («extensional non-discreteness»).

d) La definición de una categoría, que actúa como eje demarcador, puede plantear problemas, lo cual contradice ese clásico requerimiento según el cual, las definiciones responden a un conjunto de características necesarias y suficientes para delimitar una categoría frente a otras («intensional non-discreteness»). Si una categoría se definiese a partir de un conjunto de condiciones necesarias y suficientes, todas esas condiciones tendrían el mismo grado de aplicación. Por ejemplo, si consideramos la categoría «fruta» como un todo y establecemos una serie de características que deben cumplirse en cada uno de los miembros de dicha categoría, nos podemos encontrar con que una característica puede aplicarse a un determinado elemento y no a otro. Así, si una de esas características fuese, por ejemplo, «es buena para beber», esta condición puede aplicarse a un elemento como «naranja», pero no a un elemento como «fresa», siendo los dos elementos de una misma categoría.

Los dos primeros puntos son relevantes porque subrayan el hecho de que la teoría prototípica supone una distinción crucial entre un significado central y una serie de matices periféricos que conectan con ese significado central. Desde el punto de vista diacrónico, ese significado central es representado por categorías que persisten en el tiempo, pero que a su vez dan entrada a una serie de matices que toman su punto de partida en ese significado nuclear a partir de un mecanismo de extensión metafórica. Este planteamiento es explicado por Geeraerts a través del concepto de «Semantic polygenesis», a saber, un significado particular de un elemento léxico puede existir en varias ocasiones dentro de la historia de ese elemento, siendo cada existencia generalmente independiente de las otras por dos razones:

a) La «Semantic polygenesis» ilustra el trasiego de significados en el desarrollo diacrónico de las categorías léxicas como ejemplo de flexibilidad de dichas categorías y del dinamismo de su estructura interna en cada momento de su historia a partir de un mecanismo de cambio que es la metáfora.

b) Los mecanismos de extensión semántica sólo pueden producir resultados similares, aplicándose en diferentes momentos en el tiempo y tomando como punto de partida el mismo tipo de significado.

Este concepto debe diferenciarse de la llamada «morphological polygenesis», esto es, una palabra recibe distintos significados, aunque éstos vienen dados por su estructura compleja desde el punto de vista morfológico (derivación, composición, etc.).

Por otro lado, otro mecanismo básico de significado dentro de los estudios tradicionales lo constituiría la llamada «generalización inductiva», según la cual las categorías léxicas no serían tomadas como un todo y se partiría de un subtipo, de un miembro de la categoría que sería el motor del cambio semántico a partir de un proceso de metonimia inductiva. El ejemplo de la palabra «shop», generada dentro de la categoría «corner» a través del subtipo «street», sería un caso de «generalización inductiva».

Sin embargo, lo que debemos tener en cuenta es que un mecanismo de cambio no es la causa de un cambio. La metáfora y la metonimia se han citado como últimas causas funcionales del cambio; no obstante, ellas sólo indican los mecanismos asociativos que delimitan y definen el conjunto de posibles cambios semánticos.

Mientras que un mecanismo indica las posibilidades de cambio, una causa indicaría el porqué de la realización de una de esas posibilidades. En este sentido, Nagel proporciona dos explicaciones teleológicas o finalistas: la expresividad y la eficiencia. La expresividad se da cuando un hablante necesita expresar un nuevo concepto que ha surgido a partir de un cambio en el mundo y que se ha introducido en nuestra cultura y no cuenta con un medio de expresión adecuado. Entonces se produce un cambio de significado. La eficiencia, en cambio, alude a los cambios que se dan en la estructura del lenguaje en favor de la función comunicativa, evitando la homonimia y su correspondiente riesgo de confusión en la comunicación.

En este sentido, Geeraerts nos presenta la prototipicidad como un principio eficiente. En primer lugar, las categorías conceptuales organizadas prototípicamente alcanzan una gran densidad de información dado que constituyen grupos de subconceptos y matices. De ahí la idea de flexibilidad, la cual sería conveniente que se combinara con la estabilidad estructural de la categoría. La flexibilidad viene dada por el hecho de que toda categoría prototípica se adapta a las circunstancias cambiantes del mundo exterior dando entrada a una serie de matices periféricos conectados con el significado central de la misma. Si esta flexibilidad se combina con la estabilidad estructural, el sistema categorial actuaría con mayor eficacia al no variar su estructura cada vez que tenga que hacer frente a esas innovaciones semánticas. Además, el hecho de que esas innovaciones semánticas puedan ser incorporadas marginalmente a las categorías existentes, indica que aquéllas tienen una tendencia a mantenerse como entidades particulares, manteniendo así la estructura total del sistema.

Sin embargo, la flexibilidad que es inherente a los conceptos organizados prototípicamente no puede funcionar al azar. Tiene que haber un número de principios que restrinjan la extensión de esos conceptos y para ello la prototipicidad cuenta con una función restrictiva importante: impedir que los nuevos significados que se unan a los ya existentes deterioren la comunicación y produzcan arbitrariedad. Para dar a conocer esta función, señalaremos antes el posible conflicto que puede haber entre la prototipicidad y el isomorfismo, según el cual existe un significado para cada significante y viceversa. El conflicto se produce porque la prototipicidad, como concepción cognitiva, parece intensificar el carácter polisémico de los elementos léxicos al aglutinar el centro prototípico con los matices semánticos conectados a él. Por tanto, la flexibilidad de los elementos léxicos organizados prototípicamente es un mecanismo de polisemia. No obstante, este principio de la consustancialidad cuantitativa sólo puede aplicarse a las categorías prototípicas consideradas como un todo y no a los matices semánticos que encontramos dentro de ellas.

Geeraerts resuelve este conflicto subrayando dos cosas importantes: a) las reorganizaciones semánticas pueden realizarse antes de que el proceso isomórfico actúe. b) las reorganizaciones conceptuales hacia un proceso de fusión implican efectos prototípicos encaminados a evitar la arbitrariedad y confusión en la función comunicativa tal y como hemos señalado antes.

En principio, el proceso de fusión de homónimos parece atentar contra el isomorfismo ya que implica un proceso de polisemia. Pero esto puede evitarse si las categorías conceptuales pueden organizarse prototípicamente como grupos de un significado. Este proceso de fusión prototípica presenta dos características:

1. En un momento particular de su historia, ambas palabras homónimas han desarrollado tipos de uso idénticos.
2. En el curso de su desarrollo, aquellos significados que no puedan ser interpretados a partir del significado central de ambas palabras se van debilitando y desapareciendo.

Así, cuando se produce la fusión de los conceptos dentro de una estructura prototípica, se reforzarán aquellos tipos de uso comunes a ambos elementos y se apartará al resto. Por ello, un conflicto de homonimia puede ser resuelto más bien por un proceso de fusión conceptual que por un proceso de sustitución léxica.

Antes de finalizar este pequeño análisis de la obra del Prof. Geeraerts, nos gustaría poner de relieve un aspecto que el autor subraya en diversos lugares de su obra y es que el carácter dinámico de los prototipos puede situarse en un nivel epistemológico fundamental, pues caracteriza el rasgo básico del entendimiento humano de interpretar nuevos hechos a través del viejo conocimiento. Esto quiere decir que la posibilidad de integrar nuevos conceptos que surjan no altera la organización prototípica existente, la cual recordamos sin cambiarla.

Las implicaciones de la teoría prototípica para el funcionamiento de la capacidad conceptual humana constituyen una explicación satisfactoria para la semántica diacrónica; no porque especifiquen los principios que dictaminan el desarrollo de los nuevos significados, sino porque la naturaleza dinámica del pensamiento humano es reconocida como una de las características fundamentales de las categorías conceptuales.

La semántica cognitiva, en general, y la teoría prototípica, en particular, constituyen un retorno hacia una concepción de la semántica hermenéutica por el énfasis que depositan en la experiencia humana como fenómeno mental y como fenómeno histórico.

Geeraerts al final de su obra pretende elevar la teoría prototípica a la categoría de paradigma científico en términos de Thomas Kuhn como propuesta teórica para enfrentarse a una semántica diacrónica. Propuesta que a nuestro juicio puede resultar apropiada por reconocer la flexibilidad del lenguaje, así como su carácter cultural y social.

*Elisa Barrajon López*

Ricardo Maldonado: *A media voz. Problemas conceptuales del clítico se*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1999, 480 págs.

El presente libro constituye una revisión actualizada de la Tesis Doctoral del autor, *Middle voice: The case of Spanish se*, leída en la Universidad de California en San Diego en 1992. Este dato último es importante para poner de relieve un aspecto, y es la filiación

cognitivista, especialmente langackeriana, del autor. El Prof. Maldonado ya había publicado gran cantidad de trabajos, en forma de artículos, sobre este tema, constituyéndose, por otra parte, como uno de los representantes principales de la aplicación al español de la lingüística cognitiva, pero con este libro lleva a cabo una de las tareas más difíciles en el análisis de la lengua española, el estudio del *se*, y el resultado creemos que ha sido realmente valioso.

En la perspectiva cognitiva propugnada por el Prof. Maldonado, la voz media se considera una zona semiactiva que queda enmarcada entre el flujo máximo de energía (oraciones transitivas) y el flujo nulo de energía (construcciones absolutas). Una característica común es que, a excepción de las construcciones impersonales, hay en todo el sistema medio un fenómeno de baja diferenciación entre sujeto y objeto.

La zona de los marcadores medios suele aparecer alrededor de las actividades de orden mental, emocional y psicológico. Tales verbos se organizan en cuatro niveles: percepción, cognición, emoción y reacción emocional. El clítico *se* en contacto con este tipo de verbos puede producir construcciones reflexivas o medias dependiendo del nivel de control del sujeto sobre la acción y de la distinguibilidad entre sujeto y objeto. La mayoría de estos verbos produce construcciones reflexivas en combinación con *se* excepto los de reacción emocional, que dan lugar a las construcciones medias (*Sofía se puso triste*). Su sujeto es experimentante medio, pues sufre un cambio que no es capaz de controlar volitivamente, pero participa en él con toda su emocionalidad (por eso se define como complejo). De esta forma se pueden explicar también las construcciones medias inherentes, con verbos del tipo *quejarse*.

La variedad de funciones que cumple la forma *se* puede ser englobada bajo la noción de datividad, cuyas construcciones están regidas por la distancia conceptual. La noción de distancia conceptual presupone dos tipos de proximidad, la lingüística y la objetiva. Con respecto a la proximidad objetiva podemos encontrar una distinción gradual entre proximidad nuclear y periférica, desarrollada en la siguiente escala: partes del cuerpo - ropa - objetos alienables. La consideración del clítico *se* como OD u OI en los verbos de cuidado personal responde a la correlación entre el nivel de especificidad del verbo y el arreglo entre el punto de referencia primario y el secundario de la zona activa del evento. Las partes corporales son zonas activas que pueden ser puestas en perfil dependiendo del ámbito de predicación designada por el verbo y del nivel de separabilidad y, por tanto, de energía interna, de la parte corporal; de manera que *se* tiene la función de delimitar el dominio en que tal forma es perfilada. El análisis de *se* como OI responde al hecho de que el dominio del experimentante es visto como un punto de referencia secundario cuyo nivel de prominencia es reducido por la puesta en perfil de la zona activa. En ausencia de la zona activa, la forma *se* constituye el punto de referencia primario respecto del cual el evento es calculado, y entonces actúa como OD. La comparación del comportamiento de las partes del cuerpo con el de la ropa y con otros objetos traídos al dominio del sujeto/experimentante a través de *se* sugiere la existencia de una organización gradual en la que la noción de continencia gana relevancia conforme el objeto tiene una relación menos íntima con su punto de referencia.

Por otro lado, la proximidad lingüística depende de dos factores: la estructura valencial del verbo y el grado en que el significado del verbo designa inherentemente una relación de benefacción. Con los verbos ditransitivos las construcciones de OI y las de benefactivo presuponen la reubicación de un objeto del dominio del sujeto al del receptor/beneficiario. En situaciones correferenciales, la representación escindida forma construcciones reflexivas

indirectas (*era tal su soledad que Alcira se enviaba cartas a sí misma*) que sólo difieren de las no-reflexivas en que identifican al sujeto y al OD con el mismo referente; mientras que la proyección interna de la acción determina una media (*el niño se preguntaba qué es lo que se fraguaría allí debajo*). Respecto a los verbos transitivos que toman participantes benefactivos, los verbos de benefacción inherente, bajo correferencialidad, forman construcciones medias de benefacción enfática (*se consiguió un trabajo*); mientras que los verbos sin benefacción inherente sólo forman construcciones reflexivas indirectas (*se construyó una casa*). En los verbos de explotación y consumo, la construcción media designa que el objeto es explotado en su totalidad y surgen las construcciones de explotación total, que son extensiones de la función benefactiva-media (*Diego se acabó la comida*). En el caso de las construcciones de involucramiento total hay también una afectación del objeto, pero ahora el énfasis está puesto en el involucramiento del sujeto, que se ve como más persuasivo en la realización de la acción (*se cantó un bolero con toda el alma*).

Relacionado con el *se*, a la tradición lingüística se la ha presentado siempre un problema para diferenciar las impersonales de las mal llamadas pasivas. Para las primeras, el autor prefiere el término de MPT (medias con prominencia terminal) y considera que la única diferencia entre ellas es el grado de elaboración de la fuerza inductiva. Las menos elaboradas son de ocurrencia espontánea, en que no hay energía inductora alguna en perfil; la más elaborada es la construcción impersonal en que el inductor es un humano no especificado. La función del *se*, en este sentido, sería focalizar el cambio de estado y simplificar el evento a su nivel básico, haciendo que la energía inductiva se manifieste de forma esquelética. A partir de aquí, el contraste entre ellas está fundamentado en cuatro rasgos, por orden de importancia: requisito de agentividad del verbo, el aspecto léxico y morfológico, la concordancia y el orden. En cuanto al significado de los iniciadores esquemáticos, depende de la manera en que el iniciador está ligado con los participantes del discurso. Si no está ligado a ningún participante, el iniciador se entiende como *cualquiera*; si está ligado a un participante hay dos posibilidades: *el hablante*, o *alguien* distinto del hablante.

Una de las funciones básicas de *se* es energezar el evento, es decir, delimitar las circunstancias que lo rodean para que lo único importante sea el cambio de estado. Se favorece así la interpretación dinámica (*se subió a la mesa*). Cuanto más detalladamente elabora un verbo el recorrido o la orientación del movimiento, más su uso determina una orientación dinámica. La extensión de velocidad a brusquedad es un patrón predecible, pues ésta implica tanto velocidad máxima como falta de información en relación con la trayectoria original seguida por un objeto en movimiento. Podemos encontrar, además, una relación entre accidentalidad y eventos que van en contra de lo esperado (*la pelota se cayó de la mesa*). Esto se explicaría por la dinámica de fuerzas de Talmy que se conceptualizaría mediante el clítico *se*. Este hecho se puede dar en el ámbito físico o en el ámbito abstracto, donde las expectativas actuarían como fuerza neutralizadora que previene una reacción y que podría ser vencida por un impulso más fuerte, dando lugar al cambio de estado. Por todo ello se dice que el clítico *se* sufre un fenómeno de pragmatización, debido a la incorporación de las creencias del hablante en un marcador gramatical.

En definitiva, pues, como esperamos haber mostrado mediante este breve comentario de los aspectos fundamentales de libro, estamos ante una obra tremendamente atractiva, original, y que constituirá punto de obligada referencia en todos los estudios sobre este tema.

Susana Rodríguez Rosique

Ana Isabel Navarro Carrasco: *El Atlas de Canarias y el diccionario académico*, Alicante: Universidad de Alicante, 1996, 219 págs.

En los últimos años la investigación lingüística está dedicando parte de sus esfuerzos al estudio de los atlas lingüísticos. No es para menos. Si en algo se ha venido insistiendo, en los últimos tiempos, es en la necesidad que tienen algunas disciplinas lingüísticas como la Semántica, la Etimología y, en especial la Lexicografía, de acudir a los mapas lingüísticos para confeccionar diccionarios. Un buen ejemplo de cómo la geografía lingüística puede prestar su valiosa ayuda a la Lexicografía es el libro que presentamos a continuación.

El objetivo principal en el que la autora, Ana Isabel Navarro, ha centrado la elaboración de este libro no ha sido otro que el de mostrarnos, a través del análisis exhaustivo de los mapas de los tres tomos del *Atlas Lingüístico y Etnográfico de las Islas Canarias (ALEICan)*<sup>1</sup>, las voces que están suficientemente extendidas por las Islas y que no han sido recogidas en la última edición del *Diccionario de la Real Academia Española*<sup>2</sup>. Una rápida ojeada a la estructura de este libro nos permite comprobar el rigor, la claridad y el buen hacer que muestra el planteamiento de este trabajo.

El libro se organiza principalmente en tres partes. En la primera parte («Lexicografía y geografía lingüística. Consideraciones generales») Ana Isabel Navarro reflexiona nuevamente sobre la difícil relación que mantienen la dialectología y la lexicografía desde hace tiempo. Ambas disciplinas parecen estar todavía terriblemente alejadas entre sí, a pesar de que son ya muchos los lingüistas que consideran que los materiales que ofrece la dialectología son imprescindibles para realizar diccionarios. A la hora de incluir dialectalismos en un diccionario es decisiva y determinante la información que aportan los mapas lingüísticos ya que, entre otras cosas, localizan de forma exacta los términos, dan detalle de las áreas de influencia y fijan el uso de una determinada voz.

No obstante, el *DRAE* incluye muchos dialectalismos, es cierto, pero lo que A. I. Navarro se pregunta es: «¿qué criterio ha seguido la Academia Española para introducir dialectalismos en su diccionario? ¿Por qué incluye 1006 voces andaluzas o 1124 aragonesismos y sólo 168 términos canarios? ¿Por qué unas zonas están mejor representadas que otras en el *DRAE*? ¿Ha sido fruto de la diligencia de algunos académicos?» (14).

La autora pretende que se dé cabida a más voces canarias en el *DRAE* porque este léxico aparece muy mermado en el diccionario oficial. Así justifica A. I. Navarro su inclusión: «cuando una voz aparece en un punto del mapa —salvo error o confusión— abarca un área

<sup>1</sup> M. Alvar, *Atlas Lingüístico y etnográfico de las Islas Canarias*, Ediciones del Excmo. Cabildo Insular, Las Palmas, tomo I, 1975; tomo II, 1976; tomo III, 1978.

<sup>2</sup> Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, Espasa-Calpe, Madrid, 1992, 21ª ed.

de extensión mucho más amplia que ese lugar determinado. Si figura en tres localidades el área en la que aparece esa voz es considerablemente mayor y digna de ser tenida en cuenta» (22).

Finaliza Anabel Navarro este capítulo con unos cuantos ejemplos significativos de cómo la Lexicografía puede beneficiarse largamente de la geografía lingüística.

En la segunda parte del libro («Voces del *Atlas Lingüístico de las Islas Canarias (ALEICan)* que no constan en el *Diccionario de la Real Academia Española (DRAE-92)*») Ana Isabel Navarro reúne y analiza con esmerada pulcritud cada una de las voces canarias que deberían ser consideradas por el diccionario académico. Son 219 en total, un número muy significativo y bastante superior, en definitiva, al ofrecido por el *DRAE*. No deja de maravillarnos, sin duda, el extremado cuidado con que la autora analiza cada denominación de las islas.

Manuel Alvar señaló hace tiempo que el estudio de unos cuantos mapas lingüísticos podían ofrecernos estos resultados:

1º Aparición de voces no registradas.

2º Nuevas acepciones de las que figuran en el *DRAE*.

3º Localización de términos nunca registrados o que constaban sin ella.

4º Colaboración para fijar, o comprobar, etimologías con ayuda de la localización geográfica.

5º Cuestiones de adstrato.<sup>3</sup>

Ciertamente, el estudio de un mapa lingüístico cualquiera permite comprobar cada uno de estos datos. Y esto es lo que ha hecho Ana Isabel Navarro con los mapas del *ALEICan*. Señalemos algunos casos interesantes.

Resulta abundante y ejemplificadora la localización de términos canarios que no han sido recogidos por el *DRAE*, o que aunque registrados aparecen en el diccionario sin localización, ya que muchas de las localizaciones que da la Academia suelen reducir la extensión real de una voz y, en cambio, muchas de las que se dan como generales deben limitarse. La autora nos muestra el caso de la voz *guataca* 'azada' que el *DRAE* la marcó como cubana cuando es de uso general en las Islas (30). De igual modo ocurre con *barcina* 'herpil' que apareció en Fuerteventura y Lanzarote y el *DRAE* sólo la localizó en Andalucía (37). La voz *manzanero* que designa al 'manzano' fue localizada por el diccionario académico en Ecuador. Sin embargo, Ana Isabel Navarro afirma que aparece no sólo de forma general en las Islas Canarias sino que también la ha localizado en Aragón y Andalucía (56). Otro caso significativo es el de *arveja* 'guisante': este término es general en las Islas, pero también aparece en Navarra, Logroño, sur de Córdoba, norte de Málaga y sudeste de Sevilla. Pues bien, el *DRAE* sólo lo localiza en Argentina, Colombia y Chile (98).

El estudio de mapas lingüísticos ayuda también a fijar etimologías. Es el caso de la voz *frescal* 'hacina, montón de mies en la era' que proviene por etimología popular de *fascal* 'conjunto de muchos haces de trigo, que se hace en los campos al tiempo de segar' (37).

Muchas veces las voces no proceden de una idea inicial sino de una metáfora. Así Anabel Navarro nos habla de *devisa* 'flor o cabo del maíz', voz que Manuel Alvar califica como «una de tantas metáforas del tipo *bandera*, *veleta*, *penacho*, *plumero*, a las que da lugar la flor del maíz y que se inspira en la posición» de la flor, tal vez también ahora la

---

<sup>3</sup> M. Alvar, «Atlas lingüísticos y diccionarios», *LEA*, IV (1982), págs. 253—323.

‘señal exterior’ ha determinado la creación metafórica»<sup>4</sup> (32). *Greña* es la denominación de los ‘pelos rojizos de la mazorca’: «si a los cabellos despeinados le llaman *greña*, por asociación de imagen se llamará *greña* a los ‘pelos de la mazorca’» (32). También *paraguas*, *paragüitas*, *paragüillas* designan a la ‘seta’ llamada así metafóricamente por su semejanza con un paraguas pequeño (51).

También pone de manifiesto Ana I. Navarro las nuevas acepciones que deberían ser consideradas por el *DRAE*. Por ejemplo, «‘cerrar con llave’ es *trancar* de manera general en Canarias. El *DRAE* recoge *trancar* como ‘cerrar una puerta con una tranca o cerrojo’» (83). Asimismo, hay casos en los que ha habido restricción de significado: «*amarra* es el ‘vencejo’ en la mitad norte de LP y al sur de Lz. Estamos ante una restricción de significado del término *amarra*» (36).

Para acabar señalaremos algunas voces entrañables: *echar un puño a la baifa* es ‘pelar la pava, hablar el novio con la novia por las tardes’ (86); *apetito* es el ‘antojo de las embarazadas’ (87); *rebotallo* es el ‘hijo menor’ o ‘el hijo nacido tardíamente’ (88); *monigote* es ‘monaguillo’ (89); *divinos* son los ‘villancicos’ (89), etc.

En la tercera parte («Recuento de voces del *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Canarias* que no constan en el *Diccionario académico* (1992)») se reúnen por orden alfabético todas las voces que la autora ha estudiado y que considera importantes para figurar en el *DRAE*.

Para concluir esta presentación, queremos señalar que estamos ante un excelente trabajo de investigación. Ana Isabel Navarro nos ofrece una visión peculiar del léxico español y, en particular, del léxico canario, plasmado no en la información pobre y deficiente que ofrece la Lexicografía sino en el conjunto de materiales que reunidos y cartografiados en atlas lingüísticos necesitan salir a la luz. Hoy son las voces canarias las que pugnan por ocupar su lugar en el diccionario oficial. Pero no son las únicas. Lo mismo sucede con las voces andaluzas, aragonesas, cántabras, etc. que también han sido estudiadas por la geografía lingüística. Un estudio pormenorizado de estas voces contribuiría, sin duda a enriquecer el inestimable caudal de voces que privilegian nuestra lengua y nuestra cultura.

Rosario Asensio Ruiz

Ibn Wafid: *Tratado de agricultura. Traducción castellana* (ms. s. XIV). Edición de Cipriano Cuadrado Romero, Málaga, Universidad de Málaga, anejo de *Analecta Malacitana*, 1997, 188 páginas.

Los tratados de agricultura se desarrollan fundamentalmente entre los siglos XI y XIII en los reinos de taifas de Toledo y Sevilla; toda esta rica producción agronómica, acompañada del desarrollo no menos espectacular en los más diversos campos del conocimiento, situaron a Al-Andalus en el centro del saber europeo.

Uno de los grandes autores de tratados agronómicos es Ibn Wafid (1008-1074), conocido entre los latinos de la Edad Media como Abenquefith, Aben Nufit y Abencenif. Nacido en

---

<sup>4</sup> M. Alvar, «Originalidad interna del léxico canario», *I Simposio Internacional de Lengua Española* (1978), Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria, 1981, págs. 225-272.

Toledo en el seno de una noble familia, estudió Medicina en Córdoba, conoció directa o indirectamente a los clásicos, poseía grandes conocimientos de filosofía y también era un gran entendido en el campo de la jurisprudencia. Concluidos los estudios en Córdoba se instala definitivamente en Toledo donde plantó la Huerta del Rey, uno de los jardines botánicos más famosos de la época. Precisamente en estos campos de experimentación de semillas y plantas fue donde se desarrollaron los tratados de agricultura.

De todos los que en esos momentos se escribieron, el *Tratado de agricultura* de Ibn Wafid, de cuya autoría se han dado encontradas opiniones, adquiere una notable relevancia por diversas razones: por un lado, inspiró grandes obras del Renacimiento como la de Gabriel Alonso de Herrera; por otro, porque constituye una prueba fehaciente del interés hacia las técnicas agrícolas que mostraban las gentes de Al-Andalus; además, sirve para establecer el inventario de los conocimientos agronómicos del siglo XI; pero, sobre todo, porque Ibn Wafid se puede considerar a todos los efectos el pionero e iniciador real de la literatura geopónica andalusí, pues con él comenzó el trabajo en el campo de la agricultura, aunque desde el punto de vista cronológico no fuera el primero.

El texto original árabe, como la gran mayoría de las obras geopónicas de esta época, no ha llegado hasta nosotros. Hoy se conocen seis copias árabes de compendios o resúmenes de la obra de Wafid: dos norteafricanas editadas por Tihami y M. 'Aziman, una de Alger y tres de París; una de las cuales, la editada por Tihami, coincide totalmente en lo que respecta a su contenido y extensión con la traducción castellana, por lo que se puede suponer que sirvió de base para hacer esta versión castellana de finales del siglo XIV o principios del siglo XV conservada en el ms. 10.106 de la Biblioteca Nacional de Madrid, que fue descubierta por Jose M<sup>a</sup>. Millás Vallicrosa y que ahora es objeto de la edición de Cipriano Cuadrado Romero.

La copia árabe es un extracto de la obra de Ibn Wafid o de un compendio de la misma, hecho por un autor erudito que, respetando la estructura general, presta gran atención a la arboricultura y a ciertos temas concretos de la zootecnia; lo que hoy conocemos de este extracto es poco más de un tercio, pues de las ochenta y dos páginas de que constaba inicialmente el texto original árabe, se conservan solamente treinta y una. La traducción castellana se hizo fielmente sobre este fragmento árabe conservado.

El manuscrito objeto de la edición de Cipriano Cuadrado presenta una organización general común a toda la literatura geopónica: sistemática, jerarquizada, orientada por un carácter práctico y con una distribución del contenido que va de lo general a lo particular. Aunque aparece truncado al principio y al final, en él se pueden distinguir con claridad tres partes: el índice de temas, el desarrollo del contenido dividido en capítulos, que se organizan por temas, y el calendario agrícola. El índice está incompleto, en la exposición del contenido sólo se conservan treinta y seis capítulos (1-17, 73-89, 105-106) y faltan setenta, y en el calendario agrícola hay ocho partidas (1-8) y no aparecen las cuatro restantes (9-12).

El contenido se reparte de la manera que sigue: los ocho capítulos primeros tratan de cuestiones generales, previas e imprescindibles para el inicio de cualquier labor agrícola, como son la elección de la tierra, la provisión del agua, la construcción y manipulación de los abonos, los modos de sembrar y hacer barbecho, y los métodos de combatir las plagas y evitar el pedrisco. Los siguientes capítulos (9-17, 73-78) se dedican a la descripción de las técnicas agrícolas de cada producto: cereales, viñas, olivos y hortalizas. Luego se ofrece una breve recopilación de las tareas que conviene realizar cada mes, que se inicia en enero y se

interrumpe al final de la partida octava correspondiente al mes de agosto. Y a continuación aparecen los capítulos 88-89 y 105-106, que tratan de todo lo que concierne a las abejas, de lo relativo a la crianza y educación de las palomas mensajeras y un breve fragmento dedicado a los remedios para matar moscas y moscardones.

La forma tan simple y directa de exposición, los mismos temas tratados y el carácter concreto y práctico de la obra, parecen indicar que la principal fuente de información en la que se inspiró Ibn Wafid no fue otra que la fecunda experiencia acopiada a lo largo de su vida; cuando no es así suele indicarlo mediante citas, a las que sólo recurre para respaldar las prácticas que él no había comprobado y en las que posiblemente tenía poca fe.

La presencia en el texto de numerosos arabismos, en particular en los planos léxico y sintáctico, es una rasgo del literalismo propio de las traducciones alfonsíes y un claro indicio de que se trata de una traducción directa del árabe; no obstante, según indica Cipriano Cuadrado en la introducción a la edición del manuscrito, no se trata de una traducción servil que mantenga una fidelidad absoluta con el modelo, porque en su terminología se percibe mayor independencia y dinamismo, ya que junto a los numerosos arabismos, la base léxica predominante es de raíz latina con incorporaciones de otros préstamos de distintos orígenes.

La copia del manuscrito esta hecha de una forma muy descuidada, con muchísimas incorrecciones y anomalías, que Cipriano Cuadrado ha reflejado en las notas a pie de página con el fin de procurar en esta nueva y rigurosa edición un equilibrio entre la fidelidad del texto y la fluidez de la lectura; de esta manera sólo inserta en el texto aquellos signos que son absolutamente imprescindibles, respeta los rasgos distintivos del sistema alfonsí y elimina graffias y otros signos que no resultan necesarios. Éstos son los objetivos principales que orientan los criterios seguidos en dicha edición, los cuales se encuentran detalladamente explicados en las páginas inmediatamente anteriores al texto del manuscrito.

Esta minuciosa edición del manuscrito de la traducción castellana del *Tratado de agricultura* de Ibn Wafid va precedida de una introducción histórica en la que se sitúa el texto dentro de la tradición geopónica y se señala, entre otros temas, el influjo que posteriormente tuvo. También se acompaña de un glosario de plantas donde se indica el nombre científico de cada una, las variantes que se conocen y una breve descripción de la misma; y de un vocabulario donde se recogen los sustantivos comunes, los adjetivos calificativos, los verbos y algunas locuciones y expresiones de interés, así como la etimología correspondiente y su localización en el texto.

Esta edición de Cipriano Cuadrado es una valiosa aportación que, por un lado, ha permitido un mayor acercamiento a la literatura geopónica de esta época y un conocimiento más profundo de las técnicas ecológicas utilizadas en las faenas agrícolas, y que, por otro, dado que dicha traducción presenta las características del taller alfonsí, ofrece un elemento de gran interés para el conocimiento de la lengua de una época tan crucial y decisiva en el desarrollo y configuración del castellano como lengua de cultura.

Ana Beatriz Moliné Juste  
Universidad de Zaragoza